

FORMACION
DE
MAESTRAS

CONSIGNA

BAZAR

La mejor revista para las niñas, la más amena, la más formativa

BAZAR

El mejor regalo para tus hijas y para tus pequeñas amigas

BAZAR

Colaboran en ella los mejores escritores y dibujantes de España

En el último número de *BAZAR* encontraréis «Chaska el pino», por María del Pilar Martínez de Velasco. «Así nació América». «Las Marías en el sepulcro», por Aurora Mateos. «La risa en *BAZAR*»: «El hombre más avaro». «La tortuga lista», por X. Alonso Lennard. «Viaje a través de los tiempos». «Luis Cano, el héroe del mar, del aire y de la tierra», por José María Delleito. «Cuenta Guillermina: Persiguiendo ladrones». «Las manos sucias». «Cartas de América». «Aprende a pintar: Tijeras, hilo y dedal». «Riquet, el del Copete». «La Medicina». «Trucos cerillescos». «Doña Sabihonda y las Ostras». Cuentos, historietas, chistes, etc. etc. Dibujos de Picó, Ibarra, Sun, T. Mateo, Goñi, Cuesta y Serny.

BAZAR está editada por la Delegación Nacional
de la Sección Femenina.

PRECIO: 3,75 PESETAS

De venta en Quioscos y Delegaciones Provinciales de Sección Femenina

CONSIGNA

AÑO XIII

ABRIL

NÚM. 147



CONSIGNA

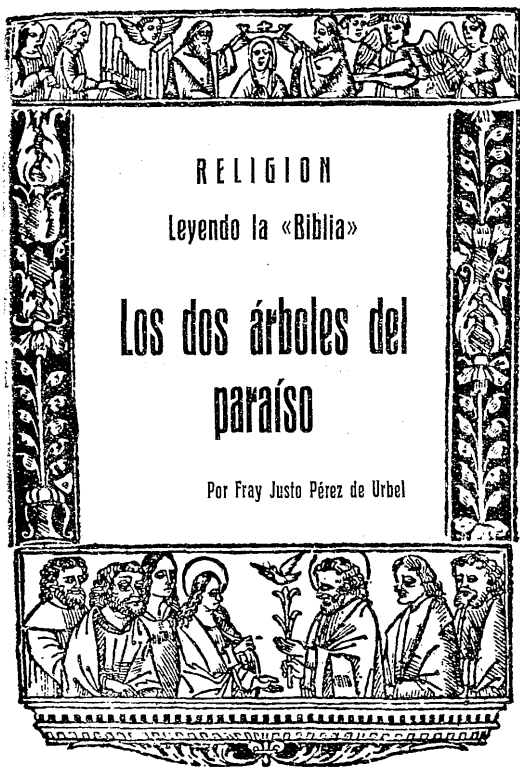
«El que echa de menos una revolución suele tener prefigurada en su espíritu una arquitectura política nueva, y precisamente para implantarla necesita ser dueño en cada instante, sin la menor concesión a la histeria o a la embriaguez, de todos los instrumentos de edificar. Es decir, que la revolución bien hecha, la que de veras subvierte duramente las cosas, tiene como característica formal «el orden.»

(«Revolución»; artículo de José Antonio, en *La Nación*.)

FRASE QUE DEBE SER LEIDA EN LAS ESCUELAS ANTES DE EMPEZAR LAS CLASES

«Frente al comunismo, con su carga de razones y de eficacias, colocamos una idea nacional, que él no acepta, y que representa para nosotros el origen de toda empresa humana de rango airoso. Esa idea nacional entraña una cultura y unos deberes históricos que reconocemos como nuestro patrimonio más alto.»

RAMIRO LEDESMA RAMOS



RELIGION

Leyendo la «Biblia»

Los dos árboles del paraíso

Por Fray Justo Pérez de Urbel

otros climas ha sido transplantado a una tierra que no es la suya y en la cual ha arraigado difícilmente. Y es preciso reconocer que no es sólo en el paraíso terrenal donde florece. Ya los babilonios, y luego los asirios, conocían una planta mágica, cuyos jugos daban al hombre su aliento de vida. El más famoso de sus héroes, Gilgamech, camina por el mundo buscando apasionadamente la hierba de la inmortalidad. La busca, pero en vano, aunque hay sabios, cuya perspicacia cree haber descubierto en dibujos sumerios del primer milenio este árbol estilizado. Los egipcios, por su parte, hablaban con entusiasmo de una planta que crecía al oriente del cielo, y cuyo fruto destilaba el licor, que renovaba la vida de los dioses y de los hombres; y bien conocidos son las tradiciones del Haoma, iranio, el árbol que garantizaba la luz, la fuerza y la longevidad, que fué reproducido miles de veces en los tapices persas, en los cofres bizantinos y en los capiteles románicos.

Puede discutirse sobre la naturaleza y la eficacia de esta planta de juventud de este árbol, pero, ¿cómo dudar que se trata de un tema tradicional, de una imagen, que se repite con las variantes inevitables, en todos los pueblos del Oriente? En todas partes «el rey de los espantos» obsesiona el espíritu del hombre. Hay que descifrar el enigma, hay que buscar el remedio a esa cruel necesidad de la muerte, tan contraria a la voz íntima de la naturaleza humana. Y lo único que cabe contestar es esto: «El hombre muere porque ha perdido el árbol de la vida, la planta de la vida, las aguas de la vida, el alimento de la vida. Y en sus sueños se imagina que podrá recuperar la planta de la juventud, y que entonces el anciano volverá a ser joven.

¿Qué vamos a pensar en consecuencia? ¿Que la *Biblia* ha recogido estas imágenes



DESPUES de haber descrito aquel jardín ideal, al que da el nombre de Edén, añade el autor del *Génesis*: «Yahwé Elohim hizo brotar del suelo todo árbol agradable a la vista y dulce al paladar.» Pero entre esta gran variedad de árboles sobresalían dos que tenían un nombre misterioso y un destino extraño: el uno era temible y vitando; el otro, apetecible y bienhechor; el uno era el árbol de la vida, el otro el árbol de la ciencia del bien y del mal. Este último, dice el texto sagrado, estaba en medio del paraíso.

EL ARBOL DE LA VIDA

Hay quienes consideran que el árbol de la vida es un intruso en el Edén. Originario de

esparcidas por el ambiente? ¿Que importó de Babilonia o de la tierra de Hur este árbol de la vida para plantarle en la región del Edén? Para darnos una contestación afirmativa nos recuerdan el origen remoto de los hebreos. Sabemos que el padre de la raza, Abraham, emigró de Ur-Koshdim, antigua ciudad de la región baja del Éufrates, hervidero de tradiciones sumerias y babilónicas; sabemos que cuando Yahvé le ordenó que dejase su tierra y la casa de su padre, se llevó consigo, no sólo la lengua, las nociones jurídicas, los conceptos filosóficos que corrían en el país, sino también un material de imágenes y de representaciones populares. El llamamiento divino, que le sustraía al politeísmo, no eliminaba todo ese bagaje de cultura profana. Al leer el *Génesis* nos encontramos a cada paso con ese vocabulario ancestral y con esa mentalidad de la patria originaria del patriarca. Los historiadores han descubierto en las costumbres de los tiempos patriarcales las influencias del código sumerio-babilónico y de los usos sociales y jurídicos de los hurritas. Era necesario que el Espíritu de Dios eliminase del pueblo, que iba a recibir el privilegio de la revelación de todos los elementos incompatibles con la verdad infalible. Sabemos que Jacob, cuando salió de Harran, hizo el gran escrutinio de los objetos sagrados que llevaban sus acompañantes para proscribir implacablemente los ídolos que venían en el equipaje. Una depuración semejante practicó Abraham al convertirse al Dios único. Servidores de dioses diversos, sus padres le legaron ideas y tradiciones que él rechazó o transformó al convertirse al Dios único, integrando, bajo la luz divina, todos aquellos elementos culturales en una nueva visión del mundo; y estos elementos, integrados así en una síntesis de un alto valor original, le sirvieron para expresar aquella revelación, de la cual Dios le

había hecho depositario. Es una transposición o elaboración semejante a la que San Pablo hará más tarde al revestir el misterio cristiano con formas y vocablos extraídos del mundo grecorromano.

No sería, pues, extraño que en el *Génesis* se hubiera recogido ese tema del árbol de la vida, común en folklore asirio-babilónico, para darle una significación más alta, para expresar en esa síntesis superior una verdad que no había tenido en las narraciones mitológicas. También aquí parece evocarnos el problema angustioso de la muerte; pero la solución que encontramos en la *Biblia* difiere radicalmente de la que se insinúa en la literatura profana, en el mito de Adapa, por ejemplo, o en el poema de Gilgamesh. La mención de este árbol que completa la descripción ideal del Edén, y que aunque pareciera literariamente fuera de lugar, es, sin embargo, esencial en el relato, es profundamente instructiva. El autor nos presenta el paraíso no solamente como el lugar en que nuestros primeros padres han de ser felices, sino como la región de la vida. Morar en él es verse libre de la muerte. El hombre es polvo; su misma naturaleza le condena a morir; pero, por la gracia, tenía una inmortalidad en potencia, cuya realización estaba subordinada a una hipótesis, que no había de realizarse jamás. De hecho, esta gracia se reduciría a una promesa ideal, que sólo en la eternidad, eliminado el pecado, y vencida la flaqueza corporal, habría de tener un cumplimiento sublime. Los exégetas se han preguntado si le bastaba al hombre comer una sola vez para sentirse inmunizado, o si para reparar los desgastes del organismo le era necesario gustar de cuando en cuando el maravilloso fruto; se han preguntado también si el árbol anulaba las fuerzas de la disolución por su propia naturaleza o por una vir-

tud sobrenatural, comunicada por Dios. Cuestiones sin objeto, si el árbol no es más que un símbolo de la inmortalidad: habitar en el paraíso terrenal es no morir. Que Adán y Eva cumplan con la voluntad de Dios; entonces vivirían perpetuamente en el paraíso; y en medio del paraíso florecerá para ellos el árbol de la inmortalidad. Así entendía ya las cosas un escritor bizantino, San Máximo el Confesor.

EL ARBOL DE LA CIENCIA DEL BIEN Y DEL MAL

Pero hay otro árbol, cuya presencia nos impresiona más todavía: el árbol de la ciencia del bien y del mal. Las inscripciones sumerias de Gudea nos hablan del árbol de la verdad; entre los griegos existían los árboles parlantes de Dodona y el laurel de Delos con sus rumores proféticos. Nada de esto puede asemejarse a ese segundo árbol del paraíso, cuya importancia es aterradora para el hombre y sus destinos: «De los frutos de este árbol, dijo Elohim, no comeréis.» Acerca de esos frutos, puesto que por los frutos se conoce el árbol, tenemos diversos testimonios. La mujer, que parece bien informada, después de haber recordado la prohibición de Yahvé, prosigue: «No le tocaréis, no sea que muráis.» La mujer no hace más que repetir la amenaza divina, aunque con una ligera modificación, puesto que Dios había dicho: «Del árbol de la ciencia del bien y del mal no comeréis, porque el día en que comiereis, moriréis de muerte.» Algunos han creído que se trataba de un árbol venenoso, pero a juzgar por el contexto, esta interpretación es inadmisibles.

También la serpiente interpreta a su manera la prohibición. Sus palabras son de una perfidia refinada: «¿Morir? —dice a la mujer—. De ninguna manera. Elohim sabe que

el día que comiereis, se abrirán vuestros ojos, y seréis verdaderos Elohim, concededores del bien y del mal. Es la mentira con briznas de verdad.» «Moriréis», había dicho el Señor; «no moriréis», dice la serpiente. En cuanto al nombre del árbol, le interpreta a su manera: comido el fruto, los ojos se abren, y esto le traerá al hombre el conocimiento del bien y del mal; y se sigue la gran consecuencia: «Seréis como dioses.» ¿Pero, en qué consiste ese conocimiento del bien y del mal?

Hay quienes han pensado, que conocer el bien y el mal sería distinguir el bien del mal; es decir, que desde que gustaron el fruto de ese árbol observaron nuestros primeros padres que se despertaba su conciencia, que habían llegado a la edad de la discreción. Esta fué la opinión de algunos Padres de la Iglesia primitiva, de Clemente Alejandrino, por ejemplo, de Teófilo de Antioquía y de San Ireneo. Este último se expresa de esta manera: «Mientras que los seres que debían servirle estaban en todo su vigor, el señor, es decir, el hombre, era pequeño todavía. Era como un niño, que debía crecer para alcanzar su perfección... No tenía aún el uso perfecto de sus facultades, y por eso sucumbió tan fácilmente a los engaños del seductor.»

Los doctores de la Edad Media, por el contrario, escribieron largas exposiciones para demostrar las perfecciones y la ciencia extraordinaria del primer hombre, y siguiendo su doctrina, una Comisión del Concilio de Trento redactó un decreto acerca de los dones de sabiduría y de inteligencia, con que Adán estaba adornado; pero el proyecto no fué discutido siquiera, y esta misma reserva es la que inspira el pensamiento de los teólogos actuales. Los mismos relatos del *Génesis* nos dan la impresión de que el movimiento cultural nace después del pecado, y de que la técnica es casi un monopolio de los des-

cedientes de Caín. Poco a poco el hombre va conquistando y explotando la naturaleza, realizando así el programa asignado por el Creador: «Llenad la tierra y dominadla.» No obstante, el hombre goza ya desde el principio del discernimiento moral y de una clara percepción de las cosas, puesto que distingue la naturaleza de los animales y conoce su superioridad sobre ellos; aprecia la condición de la mujer y lo que va a representar junto a él; cosas todas que están por encima de la capacidad de un niño pequeño. En un texto lleno de alusiones al *Génesis*, podrá decir el Eclesiástico: «Les dió el discernimiento; les puso una lengua, ojos y oídos, y un corazón para pensar. Les llenó de un conocimiento inteligente y les enseñó el bien y el mal.» Si no hubiera sido así, ¿cómo explicar el duro castigo con que Dios sancionó su culpa?

Hay exégetas que, siguiendo a Teófilo de Antioquía, suponen que lo que Dios prohibió a nuestros primeros padres fué pretender un conocimiento superior a su capacidad intelectual, como, por ejemplo, aspirar a la ciencia que explica la razón última de la distinción del bien y el mal, de la bondad y la malicia de las cosas. El pecado de Adán y Eva habría sido un apetito desordenado de saber que les llevó a apropiarse una prerrogativa sobrehumana y a asemejarse al soberano legislador. Esto explicaría las palabras de la serpiente: «Si comiereis, seréis como dioses conocedores del bien y del mal»; y daría, además un sentido que Yahvé dice irónicamente ante aquellas ansias fallidas: «He aquí que Adán se ha hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal.» Pecado de intelectualismo, que la mayor parte de los comentaristas rechazan, porque en él no se darían todas las circunstancias del relato.

Otros advierten que en la *Biblia* se expresa

la idea de totalidad, oponiendo los contrarios. Según esto, el árbol de la ciencia del bien y el mal sería aquel que da todo conocimiento. Por otra parte, sabemos que el conocimiento adquirido por nuestros primeros padres, después de la falta, implicaba una experiencia de orden moral: «Los ojos de ambos se abrieron y conocieron que estaban desnudos.» Se trata de una ciencia, no puramente teórica, sino experimental. ¡Y qué ciencia tan dolorosa! Sienten en sus cuerpos el desequilibrio interior, los efectos fatales de la desobediencia. Esta sensación les turba, inspirándoles sentimientos complejos, que hasta entonces ignoraban: vergüenza, temor, desconfianza, malestar, desnudez corporal y miseria espiritual. Y huyen de la mirada de Dios: «Temí, porque estaba desnudo y me oculté.» He aquí la ciencia nueva, una ciencia de orden moral y de carácter experimental. Ya San Gregorio de Nisa había dicho muy sutilmente: «La palabra conocimiento no parece que deba designar únicamente el puro saber, sino también una disposición interior con respecto a aquello que nos es agradable.» Según esto, conocer el bien y el mal sería permitirse todas las experiencias. Esta ciencia, dice un autor moderno, sería la ciencia que mezcla el mal con el bien, una conciencia combinada, asociada, cumulativa del bien y del mal..., la ciencia del pecado; una ciencia que se parecería a la que muchos novelistas contemporáneos, perversos reptiles, fomentan en el corazón de la juventud. Obrar mezclando el bien con el mal, gustar la fresa y la cicuta para poder decir como el héroe de Gide: «He querido morder todos los frutos que las ramas inclinaban hacia mí...; he tendido audazmente mis manos a toda cosa y me he juzgado dueño de todos los objetos que estaban al alcance de mis deseos.» Es decir, la libertad desenfundada, la autodeterminación,

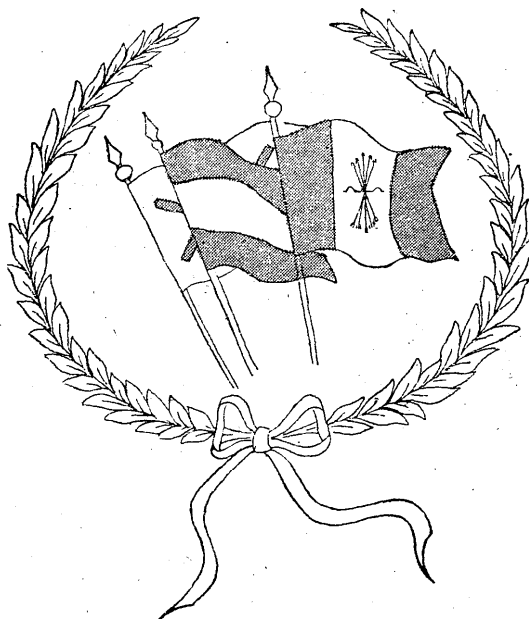
la autonomía moral frente a toda norma superior.

¿Pero esto sería una ciencia divina? Cier-
to, la ciencia divina del sofisma de la ser-
piente, que presta a Dios y a los seres mis-
teriosos que pueblan la Corte de Yahvé un
privilegio que muchos pueblos, engañados
también por la serpiente, atribuían a sus di-
vidades: el de estar por encima de toda ley
moral. ¡Qué hábiles son las expresiones de
Satán! ¡Cómo se prestan al equívoco! Cono-
cer es saber y experimentar, o las dos cosas
a la vez; el bien y el mal designan no sólo
el conjunto de los valores morales, sino tam-

bién todo lo que es bueno y malo, agradable
o desagradable, útil o novivo; ser Elohim
es parecerse a Dios y a los seres de su rei-
no celeste. Dios conoce el bien y el mal,
puesto que es la regla suprema de la mora-
lidad, pero la serpiente miente al sugerir
que el Señor, a su manera, obra el bien y
el mal; los ángeles juzgan el bien y el mal,
pero sería absurdo sustraerles a la norma del
bien. Según esto, al prohibir a nuestros pri-
meros padres comer del árbol de la ciencia
del bien y del mal, Dios limitaba sus expe-
riencias obligándoles a no usar de su liber-
tad más que de acuerdo con su conciencia y
dentro de los límites de la ley divina.



NACIONALSINDICALISMO



HISTORIA DE LA SECCION FEMENINA

PARTE II

LA PROYECCION AL EXTERIOR

CAPITULO III

POR PILAR PRIMO DE RIVERA



TAMBIEN el padre Justo informa del viaje y de la trascendencia espiritual que tuvo para las camaradas el paso por Tierra Santa.

«El día amaneció lluvioso y la lluvia degeneró al poco tiempo en una tempestad de rayos y de truenos, que agitaba los barcos en el puerto y conmovía las casas en la ciudad. No sé qué fuerza maligna parecía empeñada en estorbar nuestro viaje a Jerusa-

lén. En ninguna parte se nos presentaron tan insolubles las angustias del papeleo:

—No es posible conseguir el visado de entrada en Jordania —nos decía nuestro ministro en Beirut.

—Pues si no hay visado —replicaban en las oficinas de la Air France—, no pueden ustedes contar con los aviones.

Esto era avanzada la tarde del día 22, y el 23 por la mañana teníamos que partir. ¿Qué hacer? Como no había medio de te-

ner conferencia con Amman, recurrimos al último expediente: enviar a nuestro representante junto al rey Abdullah un telegrama, en el que le declaráramos nuestros apuros. Aguardamos con tal impaciencia que los minutos se nos hacían horas, y, al fin, ya entrada la noche, llegó la respuesta milagrosa:

—Mandato real: vengan como sea.

Ante estas palabras, la Agencia se ablandó. Había aviones para la mañana siguiente; el primero saldría a las siete; el segundo, una hora más tarde, y el tercero, a las diez.

Pero ahora surgía esa nueva dificultad: un viento huracanado, acompañado de una lluvia torrencial. Por vez primera veíamos un cielo hosco y turbio desde que estábamos en Oriente.

A pesar de todo, el primer avión remontó el vuelo. Todo se redujo a un retraso en la salida. Los demás despegaron también animosamente. Y nadie tuvo miedo, nadie pensó en peligro o molestia. Era preferible toda incertidumbre a quedarse en las puertas mismas de la tierra prometida, como en otro tiempo Moisés.

Yo debía viajar en el último avión, que empezó a alejarse de Beyruth cerca de mediodía, cuando el aguacero había cesado y las nubes corrían a refugiarse al otro lado del monte Líbano. Nada me impediría ya divisar desde la altura el aspecto de la tierra que iba a atravesar, aquella tierra sagrada que había visto descrita en libros inolvidables, que yo mismo había tratado de describir más de una vez con atrevida pluma.»

—«¡Jerusalén a la vista!

Nuestro piloto empezaba a maniobrar, preparando el descenso, y sin darnos casi cuenta nos encontramos en un aeródromo, estrecho y mal acondicionado, rodeado de campos áridos y de pedregales.»

—«¡Ayer, a estas horas! —le decíamos a nuestro ministro—, habíamos renunciado a venir, y todo lo considerábamos perdido. ¿Cómo ha podido conseguir usted nuestra entrada?

—Ustedes no creen en los milagros, pero yo sí, porque vivo en Tierra Santa— contestó él.

¡Esto lo ha hecho usted, y no creemos que ande usted por estas calles y estos caminos arrojando demonios y resucitando muertos, a semejanza de Nuestro Señor...»

Ahora los Padres Franciscanos circulan entre nosotros, poniendo en orden a los peregrinos. Mientras nos alineamos contemplamos la fachada de la basílica. Es una masa pulverulenta y agrietada, hendida por dos grandes puertas románicas del tiempo de los cruzados. Sólo una está abierta, y a través de ella divisamos, en la semioscuridad del interior, docenas de lucecitas.

Aguardamos con impaciencia la señal de avanzar.»

«Había llegado, al fin, la hora de penetrar en el lugar mismo donde el Cuerpo del Señor reposó durante dos noches y un día, el que fué testigo del dolor de la Magdalena, de las lágrimas de la Madre, de la gloria de la Resurrección.

—De cuatro en cuatro —dijo un franciscano—, y que no den rienda suelta a la devoción, porque no acabaríamos hasta mañana.

Avanzamos dispuestos a seguir esta consigna. Subida una escalera nos encontramos en un pequeño vestíbulo, que según la descripción que nos hace San Cirilo de Jerusalén fué en otro tiempo la antesala de la tumba. Aunque no es propiamente una capilla, se le llama Capilla del Ángel, pues según la tradición es allí donde las piadosas

mujeres encontraron sentado al ángel que les comunicó la Resurrección. Sobre un pedestal de mármol, que se alza en el centro, vimos un fragmento de la piedra que el celeste mensajero hizo rodar sobre la ranura, según la expresión del Evangelista: «Revolvit lapidem». La veneramos y salimos adelante. Un paso más y nos encontramos ante la puerta, tan baja, que tuvimos que encorvar el cuerpo para entrar. La puerta y el interior todo estaba forrado de mármol, mármol blanco y vetado, que desorienta al visitante en el primer momento. Pero aquello era verdaderamente la cámara sepulcral, en que los despojos sagrados del Redentor esperaron desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la mañana el triunfo de la Resurrección. Entre las ranuras del mármol se puede divisar aún la rosa viva, que cuando estaba al descubierto era objeto de las santas violencias y los piadosos sustos de los peregrinos, y a uno de los lados se alzaba, incrustado también en mármoles y adornado de íconos y lámparas de oro, el lecho mortuario donde reposó el Cuerpo Divino.

Caímos delante de él los cuatro que habíamos entrado sin poder apenas rebullirnos en tan estrecho espacio. Rezamos, adoramos, besamos la piedra fría y la humedecemos con nuestras lágrimas. No hay palabra que pueda expresar lo que allí se siente. Vi a Eugenio Montes profundamente conmovido y apoyada su cabeza sobre la piedra. Vi a Josefina Weglison abrir su gran bolso, casi una maleta, para sacar las cruces, las estampas, los rosarios, los collares, todos sus recuerdos de Tierra Santa, a fin de tocarlos y restregarlos en la piedra. Allí el tiempo no se cuenta y, por lo visto, debimos prolongarlo con exceso, puesto que a la puerta se oyó la voz fuerte e imperativa de don Gonzalo Diéguez, que nos decía:

—Vamos, amigos, que tienen que pasar todos.»

«No se recordaba de otra que hubiera procedido con más orden y con más fervor. Para decirlo todo, había que reconocer que más de uno le atraía el deseo de admirar a las chicas españolas...»

«Estamos ya cerca del Gólgota, pero el convento de los monjes coptos se interpone en nuestro paso. Es un edificio sólido y espacioso, que nos obligan hacer un largo rodeo, y, lo que es más sensible, a dejar un monumento de la Vía Dolorosa. Aún así el recorrido no es largo, con un paso regular podría hacerse en menos de diez minutos, aunque podemos suponer que Cristo, abrumado por el dolor, rendido por el cansancio y asediado por la muchedumbre, no debió emplear en él menos de una hora. Es poco más o menos el tiempo que tardamos nosotros, deseosos de prolongar nuestro contacto espiritual con el Divino Crucificado, que invisiblemente caminaba delante de nosotros, vacilante, bajo el peso de la Cruz. Subiendo siempre dimos la vuelta al Monasterio copto, y cerca de la iglesia encontramos un relieve que representaba la tercera caída. Del interior salían ecos de salmodias guturales, que venían a mezclarse en el aire tibio y claro del mediodía orientan con los ecos diáfanos de los cantos religiosos entonados por las muchachas españolas.

Henos aquí, por fin, delante de la basílica del Santo Sepulcro. Ibamos a subir a la colina sagrada, al lugar más angosto del mundo, fin de nuestro itinerario, emocionante y teatro de las últimas escenas de la Pasión. Si hay una oración que brota del último entresijo del alma, es la que inspira aquella semioscuridad, la que asciende hacia el cielo al pisar aquella veintena de escaleras y gastadas por millones de peregrinos. Llegamos

a la cima, buscamos la nave de la derecha, nos apiñamos en uno de los ángulos, besamos aquella tierra apasionadamente, rezamos, lloramos. Aquí despojaron a Jesús de sus vestiduras; en este agujero, abierto en la entraña de la roca, clavaron el leño de la cruz, aquí estaba la Virgen bendita, cuando oyó la palabra esperada y temida: «Mujer, he aquí a tu hijo»; a este otro lado colocaron el cuerpo yerto después de bajarle de la cruz. Yo me esforzaba por interpretar cada uno de aquellos momentos; yo no sé lo que dije, ni creo que nadie lo supiese y, sin embargo, nos estrechimos todos sintiendo algo de lo que debieron sentir en aquel mismo lugar en la tarde del Primer Viernes Santa María Magdalena y el discípulo amado, y así también la Virgen María. Todos los rostros estaban conmovidos, todos los ojos llorosos, todos los corazones embargados de dolor, de amor, de pena, de gratitud, de arrepentimiento. Oí a nuestro ministro, el bueno y noble don Gonzalo, que con toda su humanidad estremecida y con voz sollozante exclamaba cerca de mí:

—¡Sublime!

Lo sublime no era mi plática, era aquella adecuación perfecta del lugar y las almas, aquella atmósfera celeste que nos envolvía, aquellos raudales de gracia que nos arrebatan hacia una región más pura y más bella, aquella influencia misteriosa cuyo ímpetu torrencial nos arrebatava hacia la altura, purificándonos de egoísmo y frivolidades. Descendimos en silencio, con la mirada interior clavada en el fluir movedizo de nuestra vida y de nosotros podía repetirse entonces lo que se dijo de los que presenciaron la Pasión cruenta de Jesús: «Volvían golpeando sus pechos...»

En el programa de nuestro viaje habíamos

fijado pasar la Nochebuena en Belén. Pensábamos en Belén con gozo indecible y queríamos encontrarnos cuanto antes frente a la gruta para poner en nuestras almas un colofón de dulzura y alegría después de las horas graves y solemnes pasadas en la Ciudad Santa. Presentíamos que si el aspecto de Jerusalén y sus recuerdos habían despertado en nosotros una emoción que nos hizo llorar de arrepentimiento y de dolor, habían de ser diferentes los sentimientos que asaltan al peregrino en presencia de la ciudad que desde nuestra infancia nos imaginábamos cubierto de verdura, coronada de palacios, alegrada de repicar de esquilas, de tañidos de campanas y de ruido de rebaños y zampoñas. Ella no tenía que llorar sobre la muerte de un Dios, sino más bien inclinarse sobre su cuna para recoger de sus labios la celeste sonrisa que dejaría para siempre prendida en ella una dulce y serena placidez.

Así pensaba yo aquel día 24, mientras las Madres Blancas nos servían una comida condimentada por la más exquisita caridad. En realidad, la comida era lo de menos. Todo nuestro ser estaba como penetrado y embargado por la sublime evocación religiosa e histórica de las últimas horas y por la acuciante esperanza de una evocación más luminosa. Las chicas se agitaban buscando los dijes y las prendas de su traje regional, iban y venían pidiendo órdenes y recibiendo consignas, se detenían delante de los vendedores de cruces y rosarios, que habían instalado sus puestos a la puerta del convento y, al fin, se decidían a subir a los autobuses en que habían de hacer el viaje. En la cercanía se veían grupos de curiosos, hombres y mujeres en cuyas miradas y en cuyas conversaciones podía adivinarse la simpatía con que miraban a los peregrinos de España.»



Literatura alemana contemporánea

POR CARMEN BRAVO-VILLASANTE



En este rápido resumen que venimos haciendo de la literatura alemana en el espacio de tres breves artículos, por fuerza han de quedar fuera de nuestra enumeración algunas valiosas figuras. No queremos comenzar las letras contemporáneas sin citar antes la figura de *Federico Nietzsche*. Aunque dentro del siglo XIX pisa los umbrales del XX —muere en 1900—, e influye de modo preponderante en la prosa alemana e incluso en el pensamiento político posterior. Hitler re-

leía las obras de Nietzsche y se las regaló a Mussolini con motivo de un aniversario.

Federico Nietzsche es un escritor-filósofo, que sin crear un sistema metafísico propio da un tono filosófico a todos sus escritos. Con frecuencia se manifiesta por medio de aforismos y sentencias y preferentemente usa lo que ahora damos el nombre de ensayo, para sus divagaciones. Convencido de la decadencia de la sociedad de su época, ataca la civilización cristiana y las formas políticas democráticas. Exalta la figura del superhombre y lo que

LA GACELA

(Antílope dorcas)

Maravillosa, tú: nunca habrá de al-
[cansar
la unión de dos palabras escogidas
a expresar la rima que en ti llevas
y que esparces como a una señal.

De tu frente se elevan
el follaje y la lira
y toda tú recuerdas
las canciones de amor,
cuyas palabras, suaves,
como hojas de la rosa,
quedan ante los ojos,
que se cierran, al dejar
de leerlas para verte.

Cargada de promesas,
está llena de saltos
que no se disparasen,
tu carrera,
mientras que atenta
el cuello lo mantienes
en alto:
igual que al ir
del baño para el bosque,
el bañista se para
vuelto el rostro
hacia el lago.

DAMA ANTE EL ESPEJO

Como en un somnoliento narcótico,
en la clara fluidez del espejo
deslíe suave su gesto cansado
y en él disuelve su sonrisa.

Espera que la fluidez
ascienda; entonces derrama sus cabellos
en el espejo y alzando
los maravillosos hombros del vestido de
[noche
bebe callada su imagen. Bebe

como bebería en su desmayo un amante
que probase lleno de recelo;

y llama a la doncella, cuando apercibe
luces en el fondo de su espejo, límites,
y la aflicción profunda de una hora tardía.

* * *

Apágame los ojos: he de verte.
Ciérrame los oídos: he de oírte.
Sin mis pies, también he de seguirte
y, más aún, sin boca he de jurarte.

Arráncame los brazos, que con el co-
[razón,
como con una mano, he de abrazarte.
Párame el corazón: palpitará mi frente
y abrasada en una hoguera ardiente
habrá mi sangre de poder llevarte.

(De *El libro de horas.*)

No sólo en el aspecto poético la literatura alemana puede ofrecernos figuras de prestigio. También en el campo de la novelística se destacan grandes personalidades.

Thomas Mann (1875) escribe cuentos y novelas con un estilo de narrador nato, que domina la psicología y el ambiente. Sus obras más conocidas son *Los Buddenbrooks*, que sigue las huellas de los escritores franceses Balzac y Zola. Describe una familia burguesa desde su encumbramiento hasta su decadencia. Gusta de la serie novelística con personajes conocidos, sistema que todavía se estila en nuestros días. *La montaña mágica* es una novela cuya acción transcurre en un sanatorio suizo donde los enfermos, en el confinamiento a que les obliga su enfermedad, discurren sobre todos los temas

humanos y divinos. Son obras largas y densas y, sin embargo, su lectura no se hace pesada.

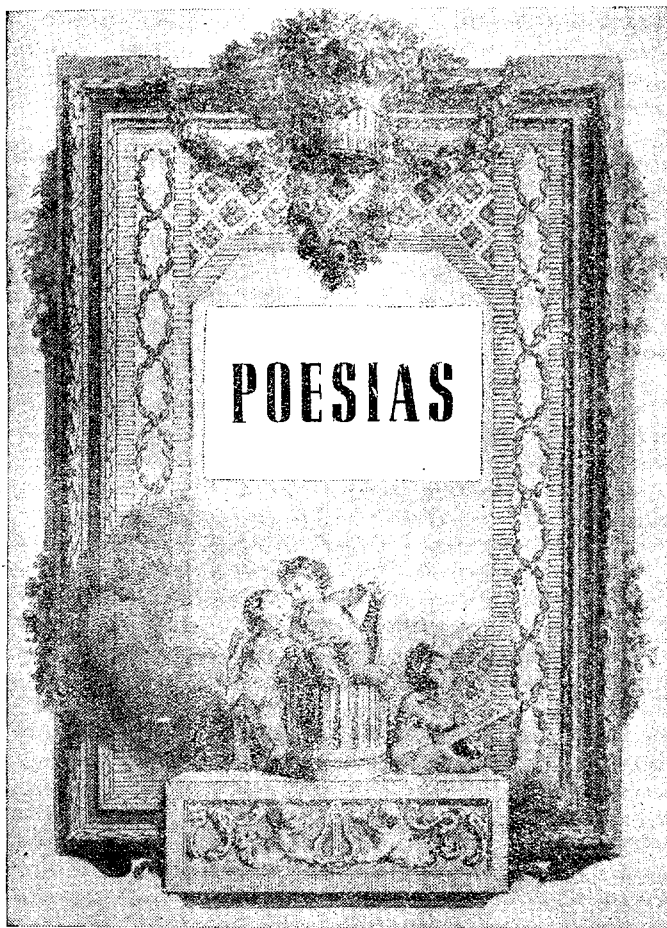
Bien conocido es *Ztefan Zweig*, nacido en Viena, por todos sus estudios históricos y literarios: *María Antonieta*, *Momentos estelares de la humanidad*; biografías, *Hölderlin*, *Kleist*; cuentos, *Kaleidoscopio*; novelas, *La piedad peligrosa*, y numerosos ensayos literarios.

Para terminar citaremos entre los dramaturgos a *Franz Werfel*, con obras his-

tóricas como *Juárez y Maximiliano* y la famosa *Canción de Bernardeta*.

Nota.—Las lectoras de *CONSIGNA* han de tener en cuenta siempre que dentro de las literaturas extranjeras, y aún de la nuestra, existen ciertas figuras que por su importancia no se pueden eludir, pero a los que la Iglesia considera peligrosos e incluye en el «Índice»; así, pues, en caso de autores que no conozcáis bien consultad al «Índice» antes de leer sus obras.





LABERINTO

*Un laberinto, una orgía,
una rueda soltando carcajadas de espanto.
Marchando tan confusa, tan veloz
sin descanso,
que parece lo inmóvil de un abismo,
el mar para el ahogado.
Una ternura que grotesca es dulce,
siempre anhelando;
repetida en sus ansias, en su amor,
como un borracho.*

*Tambaleada, hinchada por el viento,
sepultada un instante por el barro,
pero de nuevo ante la luz, horrible,
su cuerpo mutilado.*

JOSÉ SUÁREZ CARREÑO

SOLO DE GUITARRA

*Que nadie se llame a engaño.
Todo el que vive por dentro,
por dentro se va matando.*

*Tuve un vivir; ya no tengo
ni el recuerdo de la vida.*

*Todo el que vive por dentro,
por dentro se va matando.*

*Y que después no se diga,
que no se diga que no
tuve una vez una vida.*

(¿Pero, tuve vida yo?)

RAFAEL MONTESINOS

SONETO

*Verdes juncos del Duero a mi pastora
tejieron dulce generosa cuna;
blancas palmas, si el Tajo tiene alguna,
cubren su pastoral albergue ahora.*

*Los montes mide y las campañas mora
flechando una dorada media luna,
cual dicen que a las fieras fué importuna
del Eurota la casta cazadora.*

*De un blanco armiño el esplendor ves-
[tida,
los blancos pies distingue de la nieve.
los coturnos que calza esta homicida;*

*bien tal, pues montaraz y entumecida,
contra las fieras solo un arco mueve
y dos arcos tendió contra mi vida.*

LUIS DE GÓNGORA



Este trabajo fué escrito hace muchos años sin ninguna intención conmemorativa, como sigo pensando que Donoso es valeroso por las razones que aquí se dan —y no por el unilateral y un tanto excesivo aspecto «contrarrevolucionario» que ahora se exalta— prefiero publicarlo sin ninguna modificación:

I. TRAYECTORIA BIOGRAFICA

No es indiferente, cuando se trata de valorar a un hombre y a su obra, el recordar cómo, cuándo y dónde se fué desplegando su vida. Lo más valioso del pensamiento de Donoso Cortés, así como también sus defectos y limitaciones, no se entenderían en absoluto sin una breve inspección de su vida. Por otra parte, sería injusto olvidar que una gran parte de ese valor reside en su ejempla-

ridad personal, tanto en el sentido de la conducta privada como en el de la sinceridad del pensamiento y en el patriotismo de la acción política.

Nace Donoso Cortés en los años de la guerra de la Independencia de una familia de hidalgos extremeños, en la que, como en otras familias españolas de la época, coincidían un sincero y robusto catolicismo y una cierta adhesión rezagada a los valores de la Ilustración. Después de un breve paso por los ambientes universitarios de Salamanca y Sevilla, el primero fuertemente liberal, el segundo más lleno de preocupaciones literarias y filosóficas que políticas, y en el cual Donoso parece haberse ocupado seriamente de los problemas filosóficos de su tiempo y haber llevado a cabo algunas creaciones poéticas de escaso valor (dentro aún de una nor-

ma neoclásica), llega a Madrid, donde, a través del poeta liberal, Quintana —otro rezagado de la Ilustración— entra en contacto con Agustín Durán y los primeros círculos románticos españoles. De esta época es su breve actividad docente en Cáceres y el curioso discurso que pronuncia al tomar posesión de la cátedra, en el que ya aparece cierto romanticismo entre naturalista y cristiano, entre Rousseau y Chateaubriand.

Dejando aparte su matrimonio y temprana viudez, cuyas repercusiones reales en su vida no conocemos bien, interesa hacer constar que desde 1832, residiendo ya en Madrid, donde va a permanecer ocho años, toma una actitud política definida. Sus escritos de esta época desde la «Memoria sobre la situación actual de la monarquía» (1832) hasta la polémica con Rossi pasando por las «Consideraciones sobre la diplomacia» (1834), el curso en el Ateneo (1836), la «Ley electoral» (1835) y toda su actuación periodística del 36 al 39, presentan un carácter que podemos definir como un liberalismo doctrinario fuertemente españolizado, una consideración histórico-romántica del cristianismo y un tono polémico pero sereno y respetuoso. Ya veremos luego cómo ese liberalismo doctrinario va convirtiéndose cada vez más en otra cosa, lo que ya es patente en la polémica con Rossi. Su actuación política —apoyo a Cristina ya desde 1832, fugaz colaboración con Mendizábal y luego pase a la oposición y creciente adhesión a lo que entonces se llamaba «moderantismo»— parecen señalar también una fuerte voluntad de nacionalizar el liberalismo. No es indiferente recordar su actividad literaria en el plano de la pura poesía que, si poco valiosa en su creación, es, en cambio, inteligente en la teoría poética muy paralela, por otra parte, a su actuación política, una especie de «romanticis-

mo doctrinario» como podríamos llamarlo quizá un poco en caricatura, pero con un fondo de verdad (poemas sobre el cerco de Zamora y consideraciones teóricas al mismo). Por esta época su reputación en el plano nacional parece adquirida, se le discute, se le acusa de afrancesado, pero se reconoce su prestigio, que todavía no ha alcanzado el carácter supra o internacional que alcanzará luego.

De 1840 a 1843, reside en Francia en calidad, en cierto modo, de emigrado político voluntario por su adhesión a la reina Cristina, esto es, por una posición, en el fondo, de liberal doctrinario. Pero más importante es que el ambiente de París, entonces verdadera metrópoli intelectual del continente, le hace tomar contacto con los problemas más profundos de su tiempo que refleja con gran agudeza y documentación en sus artículos del *Heraldo*. Entra en relación personal con los doctrinarios franceses y toma contacto también con el pensamiento tradicionalista, acentuándose su preocupación por lo teológico.

Los seis años siguientes, residiendo ya en España, interviene activamente en política hasta el extremo de deberse a él, en lo fundamental, la reforma constitucional de 1845, esforzada tentativa de nacionalizar el liberalismo con una amplia comprensión. Sus discursos parlamentarios sobre política exterior o sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado, su inteligente actitud sobre las reformas políticas de Pío IX (una curiosa especie de neoguelfismo a lo Gioberti) nos demuestran que cada vez va situándose más en el centro de los sucesos de su tiempo. El éxito literario de su «discurso sobre la *Biblia*» tiene menos importancia que la creciente profundidad de su mirada histórica, y así llega al año revolucionario de 1848.

Este año y el siguiente señalan el momen-

to en que la vida de Donoso se proyecta con mayor dimensión sobre la Historia. El llamado «discurso sobre la Dictadura», del 4 de enero de 1849, la Embajada en Berlín con sus anteriores y posteriores amistades alemanas y rusas, y su segundo gran discurso, del 30 de enero de 1850, señalan un momento en que la figura de Donoso alcanza una dimensión ampliamente supranacional.

Más tarde, la Embajada en París y la publicación del *Ensayo* con toda la polémica en torno a él, consolida este prestigio. Su actividad como diplomático, sobre la que luego hemos de volver, nos muestra el mismo hombre preocupado por los problemas profundos de su tiempo, bien informado y con tendencia a profundizar en el análisis de los hechos con criterios metapolíticos, esto es, filosóficos y teológicos. Su vida, por otra parte, es ejemplar. Aunque, como luego diremos, sea difícil hablar de conversación, no hay duda que entre la experiencia personal de la muerte de un hermano y la histórica de la revolución del 48, se acentúa en él una fuerte religiosidad que se manifiesta no sólo en su pensamiento, sino en su ardiente caridad y su ascetismo y que acaba de tener su expresión en la ejemplar muerte, ya en los primeros años del II imperio francés.

Este breve examen de su vida basta para darnos cuenta de que nos hallamos ante un hombre plenamente de su tiempo, ante un político activo que es al mismo tiempo un pensador y un escritor, ante un pensador político que, partiendo de una posición liberal doctrinaria —todos los escritos hasta 1840 aproximadamente— va a parar a un tradicionalismo extremado, pero sin caer en la herejía ni perder contacto con las necesidades reales del momento (los grandes discursos de 1849-50 y el *Ensayo*). Ante un español es al mismo tiempo ampliamente europeo.

Del examen de esta rica personalidad podemos pasar al análisis de los rasgos complementarios —no contradictorios— que son lo más interesante de él para ver, después, cuál ha sido su fama y cuál es para nosotros el valor que puede tener.

II. LOS ASPECTOS COMPLEMENTARIOS

«Cálido retórico, frío político», le ha llamado con razón Eugenio D'ors, y el propio Schmitt ha hecho constar lo difícil que es poner de acuerdo el carácter apocalíptico de sus discursos con la aguda objetividad de sus despachos diplomáticos. Por otra parte, se ha hecho notar la diferencia entre el liberalismo doctrinario de su primera época y el tradicionalismo de la segunda o, ya en ésta, entre su legitimismo y su decisionismo. Creemos que todo esto —así como también la contraposición entre su ascetismo y la vida social a que como embajador tenía que entregarse y que vió con tanta agudeza el austriaco Hübner— no son, en rigor, rasgos contradictorios, sino más bien complementarios. Tratemos de analizar esto.

La contraposición entre el «cálido retórico» y «frío político» se ha hecho a base de oponer los discursos a los informes diplomáticos o los artículos de periódico a su intervención en la reforma constitucional de 1845. El mismo Donoso hacía notar una vez que si el mundo no anduviese al revés se encargaría de la dirección de los asuntos a los místicos. Sin llegar él a ser propiamente un místico, parece que en esta expresión está una de las claves de su carácter. ¿Qué queremos decir, en efecto, cuando hablamos del «cálido retórico»? Pensamos, por ejemplo, en el llamado discurso sobre la Dictadura o en su primera intervención parlamentaria so-

bre política internacional. Pues bien; si analizamos esos discursos por debajo de su magnífico patetismo, hallaremos una intuición muy aguda de las reales necesidades y las reales posibilidades que la vida española presenta, sólo que ésta se haya a su vez esclarecida y ordenada por la línea directriz de un pensamiento filosófico —el intelectualismo doctrinario en la primera época, el irracionalismo tradicionalista en la segunda— que se expresan a través de una retórica, en la cual, con razón, se ha podido clogiar tanto la brillante frondosidad como el riguroso ensamblamiento de las ideas. Por otra parte, si pensamos en la reforma constitucional de 1845 o en sus despachos diplomáticos, esto es, en aquella parte de su obra que nos hace pensar en el «frío político», encontraremos que los mismos supuestos intelectuales y el mismo palpito esencial ante el mundo, se hallan presentes —piénsese, por ejemplo, en la esforzada voluntad de nacionalización del liberalismo de la reforma constitucional—, o en la consideración del carácter providencial de la obra napoleónica en sus despachos diplomáticos— lo que ocurre es que aquí la emoción se halla frenada por el carácter mismo del objeto de que se ocupa. Vemos, pues, que las virtudes que hacen posible el «cálido retórico» —esto es, el sentido transpolítico de la Historia, la palpitación ante la situación del mundo moderno, la emoción religiosa incluso—, se hallan también en el «frío político», y que las virtudes del «frío político» —la buena información, el rigor intelectual, la agudeza, el orden— se hallan también en el «cálido retórico». Y otro tanto podemos decir de los defectos. La tendencia a esquematizar la realidad de un modo excesivamente polémico —lo que se ha llamado con exageración, pero no sin cierta razón, su maniqueísmo—, que parece propia

del modo retórico, se halla también en el político. Baste ver para ello sus despachos diplomáticos desde Berlín. Igualmente cierta incompreensión, por desgracia común a todos los españoles de entonces, ante lo económico, late igual en sus escritos políticos (ni una sola mención del desarrollo industrial francés o alemán en sus despachos diplomáticos, por ejemplo) que en lo retórico —la incompreensión total de la relación entre industrialismo y socialismo, por ejemplo—, lo mismo puede decirse del carácter un poco estrechamente confesional en el *Ensayo* (dimensión «retórica») o en sus despachos diplomáticos desde Berlín (dimensión «política»).

Igualmente complementarios y no contradictorios son en él el liberalismo doctrinario y el tradicionalismo. Ya Cánovas vió con razón que, en ambos casos, existía un pesimismo respecto a la voluntad humana, sólo que en la primera época fué la inteligencia lo que reinaba sobre la voluntad y en la segunda se sustituyó la inteligencia por Dios. El valor de su doctrinarismo y el de su tradicionalismo, por otra parte, parecen haber consistido, sobre todo, en radicalizar y profundizar —esto es, españolizar en el buen sentido de la palabra—, pero también esquematizar en exceso y vaciar un poco de contenido concreto social-económico —esto es, españolizar en el sentido deficiente— el pensamiento francés. Sin caer en la exageración de Menéndez Pelayo, que no veía en Donoso de español más que el lenguaje, resulta evidente que tanto las ideas del liberalismo doctrinario como las del pensamiento contrarrevolucionario francés, constituyen la base del pensamiento donosiano. En la primera época, al «deseccularizar», por decirlo así, los supuestos del pensamiento francés y endurecer sus construcciones, dándolas un aire absoluto (véase, por ejemplo, las lecciones del

Ateneo), es cómo llega a darse cuenta de la deficiencia del doctrinarismo, y cuando intenta aplicarlo, por ejemplo, en la reforma constitucional del 45, trata de darle un sentido de continuidad histórica y de democracia más directa y menos burguesa que en Francia. Por otra parte, no vacila en entenderse patrióticamente con personalidades tan distintas del cuño de un liberal doctrinario, como Narváez, cuando lo cree necesario para que España siga existiendo.

El tránsito al tradicionalismo no parece ser producto de un golpe violento —la supuesta conversación religiosa de tipo paulino es más bien, como se ve por sus propias manifestaciones, producto de una lenta y madurada evolución y lo mismo ocurre en lo político—, sino manifestación visible en la que sale a la superficie el resultado de una larga reflexión sobre las deficiencias del doctrinario, esto lo ha visto particularmente bien Díez del Corral en el hermoso capítulo que dedica a Donoso en el «Liberalismo doctrinario». Pero, a su vez, del mismo modo que antes la soberanía de la inteligencia se movía un poco en el vacío, ahora sus constantes invocaciones a los valores permanentes del catolicismo, y, en último término, a la voluntad de Dios, también nos dan la sensación de hallarse un tanto desconectados de ciertas dimensiones de la realidad. No me refiero, sobre todo, a la realidad política inmediata que maneja con agudeza, sino, por una parte, al curso general de la historia (que fuerza un tanto en sentido pesimista pro-

videncialista como antes lo manejaba en el sentido intelectualista) y a la dolorosa ceguera española por lo económico. Si consideramos que su llamada «conversión» religiosa es, simplemente, la radicalización de su implícito catolicismo heredado, veremos que su transformación política opera en una dirección análoga radicalizando la dimensión monárquica organicista y ampliamente europea que había ya en su muy peculiar forma de doctrinarismo. La muerte del hermano y otros casos a los que oscuramente alude en lo religioso, el derrumbe de la monarquía doctrinaria francesa en lo político, han sido el agente catalizador y el momento de expresión visible de una maduración evolutiva que estaba ya en marcha desde el principio, por lo menos desde las lecciones del Ateneo. Y, en el fondo, su doctrinarismo y su tradicionalismo son la radicalización personal y nacional de las ideas francesas (y remotamente inglesas) en el primer caso; también francesas (y en parte indirectamente alemanas) en el segundo, entonces vigentes en muy valiosas minorías europeas. Por último, su catolicismo de tipo maduro y reflexivo y al tiempo hereditariamente español, pone un freno a los desbordamientos de tipo heterodoxo en que habían caído algunos legitimistas franceses, y su severo sentido moral le permite admitir dignamente rectificaciones en este sentido. Con razón se le ha llamado «un De Maistre más genial y ortodoxo».

(Continuará.)





MIGUEL DE CERVANTES

POR MANUEL BALLESTEROS-GAIBROIS

Catedrático de la Universidad Central

¿Q

UIEN no conoce a Cervantes? ¿Quién no sabe que estuvo en Lepanto, en Argel, que quiso evadirse repetidas veces, que intentó pasar a América, que estuvo preso, que fué bautizado en Alcalá, que escribió el *Quijote*? Y, también, ¿quién ignora que las aventuras del Ingenioso Hidalgo son seguramente, con la *Biblia*, el libro más conocido de la tierra? Nadie, ni los semicultos, ni los escolares pri-

marios y los alumnos de liceo francés, o de gimnasio alemán, los universitarios de Ciencias o los ingenieros norteamericanos, dejan de saber lo fundamental de Cervantes.

Por todo lo dicho, en esta revisión valorativa y discriminadora de nuestras *figuras imperiales*, hubiera bastado, para evocarnos un mundo de universalidad, el que mencionáramos simplemente el nombre que encabeza este artículo: MIGUEL DE CERVANTES. Pe-

se a ello vamos a detenernos en la consideración de lo que ha de quedarnos como esencia de la imperialidad de Cervantes, como savia que nutra nuestra íntima convicción de los grandes valores españoles.

* * *

Cervantes es —digámoslo antes de esquematizar sus valores imperiales— en su obra una mezcla de Renacimiento (ansia de clasicismo) y de barroquismo, de norma y de exaltación, de medida y de fantasía, de serenidad y de pasión. La perennidad —y consecuentemente la universalidad— de su obra, estriba en que no fué hijo de una escuela, de una sola faceta, de forma tal que no reflejará más que el mundo al cual se orientaran sus preferencias, sino que reflejó al hombre total que, abierto a lo inmutable y a lo multiforme, tiene, como los diamante, caras para reflejar todas las luces. Educado en tiempos del Renacimiento, tiene sus raíces formativas, a través de las cuales absorbió su primera savia, en el gusto por lo clásico, en su afición por lo ponderado y armónico, en su amor por los grandes maestros de la Antigüedad, que establecieron normas para todo. Pero su pecho y su cabeza, henchidos por la tremenda tempestad de la vida hispana, en la cual le correspondió vivir, respiran en un mundo de aventura y dinamismo, de fuerza tempestuosa, que asfixian su placidez clásica y le arrancan de su propio ser, exuberantes ramas barrocas.

Pero de esta lucha, que nunca en él se decide, saca Cervantes su universalidad. Este conflicto de tendencias, que en una mente enclenque sería la ruina —pues se ahogaría en la duda y el eclecticismo—, es favorecida por su personalidad poderosísima, que es el origen de su fuerza, pues Clasicismo y Barroquismo se funden en él y, por lo tanto, en su obra.

Ya tenemos un primerísimo valor de Cervantes, que nos da su total dimensión imperial: universalidad. Toda ansia imperial tiende a esto, a la universalidad. Y esta universalidad ha de ser esencialmente espiritual, que es, como hemos visto ininidad de veces, a lo largo de nuestras recordaciones, un modo de Imperio. Y lo importante en esta



universalidad, lograda por Cervantes, es que se trata de una universalidad de cuño hispano, que impone —de ahí *imperio*— la fórmula española de la nueva postura del hombre frente al mundo.

Don Quijote —con sus quijotismos, valga

la redundancia— significa esencialmente esto, el enfrentarse con todas las tareas que pueda tener el hombre y poner como norte de las que son dignas de realizarse, solamente aquéllas que tengan un servicio trascendental —honor, respeto a la mujer, espíritu, Dios— y que al tiempo que merecen ser cumplidas enaltecen al que las lleva a cabo. Este es el imperio que logra sobre todas las almas y sobre todas las sensibilidades el personaje de ficción— —pero reflejo fiel de las grandes virtudes españolas— que imaginó Cervantes.

* * *

Cervantes tiene todavía otra significación imperial. Elio Antonio de Nebrija encabezaba su *Gramática* diciendo que «la lengua fué siempre compañera inseparable de los imperios», y esta condición se va a cumplir en la gran expansión hispana del siglo XVI y del siglo XVII. Palabras españolas esmaltarán las hablas europeas y el idioma —que llama-

mos «de Cervantes»— va a imperar desde California a Tierra de Fuego, desde Filipinas a las Antillas, desde el Bidasoa hasta Río de Oro, desde Valencia a Palestina.

Precisamente en este momento de expansión idiomática, de necesidad de disponer del instrumento lingüístico como medio imperial de dominación —pues ya sabemos que toda lengua, con su filosofía expresiva, conforma también el modo de pensar de quien la usa—, aparece Cervantes y codifica nuestro hablar, cristaliza, en forma definitiva, nuestro uso idiomático, estabiliza y fija las formas, como una unipersonal Academia que dictara leyes a un Imperio. Esta es la gran significación imperial —por encima de las ya expuestas— que posee Cervantes.

Aunque guerrero valiente, aunque militante de la cruzada contra el turco, aunque heroico preso de los baños argelinos, Cervantes no es imperial por su hecho de armas, sino por haber acerado el gran instrumento imperial: la Lengua.



LA MUJER A TRAVES DE LA HISTORIA



La marcha del tiempo y de la cultura

POR JOSÉ MANUEL CONTIN

Q JEREMOS ver cuál ha sido la aventura de la mujer a lo largo de la Historia, pero debemos estimarla también a lo ancho, es decir, sin perder de vista la dimensión geográfico-cronológica de la Historia y de la Cultura, que no marchan simultáneamente por el tiempo, como las estaciones del año, sino que se nos presentan en cada lugar en épocas distintas. Así, el tiempo, que, por ejemplo, en el ámbito geográfico mediterráneo podemos hablar de Historia hacia el año 300 antes de J. C., en Oriente no podemos hacerlo

hasta el 2000 y en América hasta casi los comienzos de nuestra era, mientras que para África y Oceanía, en su parte indígena, muchos pueblos aún no han salido de la Prehistoria, de la que hablábamos en nuestro artículo anterior.

Cuanto ejemplaricemos, pues, se refiere a formas de cultura, a grados del avance del progreso humano, y, por lo tanto, a modos de ser sociales y económicos, sobre los que se desenvuelve la Humanidad, y no a épocas concretas, aunque de unas y otras tomemos los ejemplos. Tengamos, por ello, en cuenta

la marcha del tiempo y la cultura, teniendo, además, presente en cada instante, el hecho de que aunque la vida es muy corta y el tiempo es nada a los ojos de Dios, en verdad este tiempo es inmenso, dilatado y que para llegar a cuajar una forma cultural se precisan centurias, aunque luego su aparición terminante parezca cosa de minutos. de años, como una moda.

LA PROTOHISTORIA

Se entiende por Protohistoria —diremos, como en los textos escolares—, aquella etapa de la evolución cultural de la sociedad humana de la que no tenemos testimonios escritos que nos permitan reconstruir totalmente los acontecimientos, saber los nombres de los jefes, la lengua que hablaron, la denominación de sus dioses y el bautismo que daban a las cosas, pero cuyos restos materiales son tan elocuentes que dan pie para reconstruir las líneas generales de su evolución histórica, de su constitución política y social, de sus industrias y de sus creencias y cultos. Protohistoria son los primeros tiempos de Egipto, la vida de las épocas de los metales, hasta el uso del hierro, la época de la consolidación de los primeros poderes políticos que pudiéramos llamar «estatales», con la aparición de jefes y caudillos, que no dominan solamente la aldea donde residen, sino que tienen amplio poder sobre un territorio mayor.

La sociedad es entonces sedentaria, ciudadana, agrícola y guerrera, diferenciada en sus clases, con la existencia de la arquitectura, industrias, comercio y funcionarios, aunque este nombre no sea exactamente el que mejor cuadre a los encargados del recaudo de triunfos, a los sayones de la justicia, a los

jefecillos locales y a los administradores de penas. Había nobles, sacerdotes y pueblo.

LA MUJER PROTOHISTORICA

Del cuadro de quehaceres, que hemos trazado para el mundo protohistórico, se desarrolle en el tiempo o lugar que sea, no se desprende cuál es el puesto que puede corresponder a la mujer en esta sociedad, ya que no fué guerrera, labradora —como en los orígenes de la agricultura—, ni comerciante, aunque sí la vemos en quehaceres industriales, de ceramista o tejedora, cestera o fabricante de trajes, por las razones que estudiaremos.

Antes de que entremos en el detalle de la vida femenina, en las edades protohistóricas, conviene que conozcamos cuál fué la posición social y legal de la mujer en la sociedad. Pese a las diferencias que pueda haber entre los incas, los micénicos, los cretenses o los hombres del cobre en el Mediterráneo, puede darse una fórmula general que los abarque a todos. La Mujer entonces ha conseguido la plena dignidad como ser humano, sin diferencias con el Hombre. Ciertamente es que éste ostentará preferentemente las grandes jerarquías, que ya podemos llamar políticas, y que la decisión última está en sus manos, pese a esto encontramos a la Mujer en dos funciones elevadísimas.

Estas funciones son las de *monarca* y *sacerdote*. La Mujer por sí, o como esposa del jefe, del reyezuelo, del monarca primitivo, tiene todas las atribuciones. La Mujer puede ser Reina, como lo sería después Hapsetsut en Egipto, como lo fueron las Coyas incaicas. Pero la Mujer tenía además la altísima jerarquía de ser la depositaria de la dinastía, de la unidad de la herencia, ya que aunque ella procediera de distinta familia de la reinante —lo que sucedía casi siempre, salvo en el

caso del incesto legal de los faraones—, se convertía en la tierra donde se depositaba la semilla que garantizaba la continuidad dinástica. La posesión de esta llave de la vida levantó mucho más que el determinismo matriarcal, económico, la posición de la Mujer en la sociedad, en la sociedad protohistórica:

Pero, además, la Mujer podía ponerse en contacto con la Divinidad, con lo ignoto, lo desconocido en su forma y en su esencia. Como sacerdotisa, con dos serpientes en la mano, la encontramos en Creta, y como Sybilla en las tradiciones griegas más antiguas, procedentes del tiempo anterior, o como Virgen del Sol, depositaria de la pureza, entre los peruanos, incaicos. La Mujer sacerdotisa, intérprete de la voluntad divina, marca también otra cumbre suprema dentro de la sociedad protohistórica.

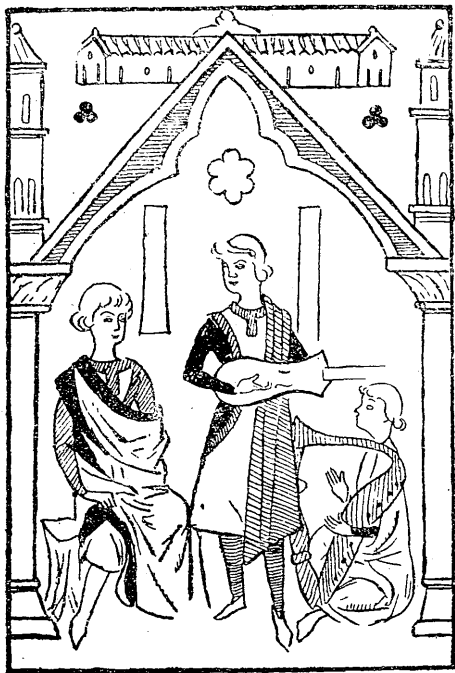
Por debajo de esta consideración social de la Mujer, a la que no se cerraba la posibilidad —si bien limitada a unas cuantas, selectas— de llegar a lo más alto de la estructura, se halla toda la realidad de la Mujer, que ya entonces se negará, por su especial condición de madre sobre todo, a lo que sea esfuerzo físico violento, tanto en el trabajo como en la guerra. No habrá mujeres guerreros —pese al mito de las Amazonas—, ni tampoco canteras, mineras, acarreadoras de grandes piedras a las construcciones... Todo eso queda para el Hombre.

Pero la Mujer va a tener una función doble, desde entonces, dentro de la visión autárquica de la sociedad protohistórica, que es la de ser la «esposa» y también la «industria». Por lo primero, reducido ya a las

formas familias estables de la monogamia y del sedentarismo; es decir, de la constitución de una *Familia* que vive en una *Casa*, ha de cuidar de infinidad de detalles de ellas. Preparará la comida del marido —labrador, o guerrero, o comerciante, o funcionario—, arreglará las yacijas donde duermen, limpiará a los críos..., etc. Todo lo que hace o debe hacer una madre o un ama de casa. Pero, además, será el complemento industrial de la vida protohistórica, ya que en sus manos preferentemente, aunque en ocasiones le acompañe el Hombre, están la confección de los cacharros, el tejido de las telas, el cosido de los trajes, la elaboración de los calzados. Y también el arreglo de los granos de las cosechas, la fabricación de las conservas, la elaboración, cotidiana o semanal, del pan...

Este cuadro de trabajo, frente a las posibilidades jerárquicas, nos dan la imagen completa de lo que fué la Mujer en el tiempo protohistórico. ¿Sometida a trabajos civiles? ¿Dominada por el Hombre, guerrero y jefe? ¿Revancha de la sociedad masculina contra los tiempos matriarcales? Ninguna de estas cosas. Se trata de una división simple de misiones en la vida, sin negar la posibilidad de altas jerarquías, división en la que a los dos sexos se les exigen esfuerzos corporales, pues el trabajo siempre precisa del músculo, pero se reserva al Hombre el violento de la guerra o la mina. No hay dominación, ni humillación, equiparación simple y llana. Quizá se inicia entonces la larga historia por la cual la Mujer se va haciendo objeto de lujo y placeres, comenzando también entonces la servidumbre de la Mujer.

MUSICA



Cada autor y su obra en su época y en su ambiente

LXVIII

POR RAFAEL BENEDITO



Al fines del siglo XVI nos encontramos con otro gran músico español: Mateo Romero, a quien se da el sobrenombre de «El Maestro Capitán», no se sabe a ciencia cierta por qué causa, pero se supone —suposición con la que coinciden eminentes historiadores de la Música— que obedece a que antes de que se le localice como sacerdote y cantor de la Capi-

lla Real de Madrid, en 1594, pertenecería al ejército, luchando por España como capitán en las guerras de Flandes.

Muchas son las cualidades de que como artista-músico estaba dotado, pero acaso la que sobresale en él con caracteres extraordinarios es la fecundidad comprobada en el número elevadísimo de sus composiciones, tanto del género religioso como del profano.

Ya hemos dicho que en 1594 ingresa como simple cantor en la Capilla Real de Madrid, pero por sus méritos relevantes, sin duda, pronto ascendió de ese puesto subalterno a otro más elevado y magistral, puesto que en 1598 ya le vemos maestro de la citada capilla, cargo que ocupó amparado no tan sólo por las citadas cualidades personales, sino también, al parecer, por los «gages de Borgoña», reconocedores de sus méritos, hasta 1633 en que a causa de su avanzada edad fué jubilado, pero no por ello dejó de ejercer su tutela artística en el citado organismo, pues continuó en calidad de honorario rigiendo sus destinos artísticos, aunque con la ayuda del capellán e instructor de los niños del coro, Carlos Patiño, que le sustituyó oficialmente a su muerte, acaecida el 10 de mayo de 1647.

Si por el estudio de sus magníficas obras podemos darnos cuenta de la maestría de este compositor español, nos la daremos de la popularidad y respeto de todos que en su época alcanzó, por unos fragmentos que transcribimos del texto del Cancionero de Claudio de la Sablonara. Todos pertenecen a músicos de la época y rezan así: El primero, refiriéndose a un autor que no podemos determinar, relata:

«Entra, desde luego, alabándose de su

grande habilidad en tañer y en armonizar, habilidades que admiraban a los mayores maestros de la Corte, incluso al célebre Maestro Capitán, a quien dice conocer hacia más de veinticinco años y quien, sobre todo, envidiaba su destreza en tocar la lira...»

El célebre y enigmático personaje don Juan de Espina (referencia de Cotarelo) dice:

«Y el Maestro Capitán, oyendo mi tañer sobre un tono de un compositor muy nombrado a los principios que empecé a obrar en la lira (que después no he querido que me oiga, aunque ha hecho tantas diligencias) dixo, delante de tres personas, que son: don Pedro Díaz Romero, Diego Ruíz de Castellanos y Vicente Juárez, que si el que había hecho el tono hubiera de cumplir con su obligación me besaría los pies, porque le tañía lo que él había hecho, y más lo que no sabría hacer en toda su vida.»

Y este último tomado del libro intitulado *El sagaz Estacio*, de que es autor Alfonso G. de Salas Barbadillo, que copiamos:

«Y traeré músicos que solemnicen la fiesta con varios tonos, y entre ellos, con uno excelente del Maestro Capitán y maestro de las Musas, a cuyo divino es-

piritu debe la guitarra española el que hoy tiene, siendo éste el menor blasón de su ingenio, digno por tantas partes de grandes premios, de quien siempre la fortuna le estará deudora, bien que por ella satisface la ilustre fama que, ya del mismo regida canta, si no como debe, como puede sus alabanzas.»

Datos son éstos más que suficientes para proclamar la justa fama de que gozó este gran músico español, que sigue figurando como tal en la gloriosa historia de nuestra música en aquellos para ella también gloriosos siglos XVI y XVII, pero en el estudio de su producción se comprueba esta fama por su técnica amplia y segura, por la belleza y novedad de su melodía y, sobre todo, por el sentido expresivo de su estilo, siempre en compenetración perfecta de su discurso melódico con la naturaleza del respectivo texto.

Por lo dicho se comprenderá que el Maestro Capitán, Mateo Romero, no se limita a ser un técnico más de la música que construye sus composiciones con impecable perfección, sino que a este elemento tan importante y jamás desdeñable, une el profundo sentimiento del artista que da tanta importancia o aún mayor al sentimiento como al «oficio».





CONCURSO MENSUAL

El Concurso que mensualmente presenta CONSIGNA a sus lectoras va a ampliar su contenido, es decir, subdividirlo. En una de sus partes las preguntas serán para las lectoras en general, regido por las bases que a continuación se mencionan; en la segunda serán unas preguntas más sencillas, destinadas a que las maestras hagan llegar hasta sus alumnas el interés del concurso y que las contestaciones que las niñas puedan presentarles nos las remitan, con el fin de premiar aquéllas que estén más acertadas. Con el fin de estimular a las alumnas, las maestras deberán leerles todos los meses los nombres de las alumnas que hayan sido premiadas y ayudarles con sus consejos para la solución del concurso:

Las bases serán las siguientes:

1.^a Las preguntas vendrán seguidas de las contestaciones, y de una manera concre-

ta éstas; se eliminarán las contestaciones cuya extensión se considere excesiva.

2.^a Vendrán dirigidas a la Regiduría Central de Cultura, Delegación Nacional de la Sección Femenina (Almagro, 36), firmadas con nombre y dos apellidos, local y domicilio de quién lo envía, indicando si es o no afiliada.

3.^a Vendrán dentro de la primera quincena del mes siguiente al de la publicación del cuestionario correspondiente.

4.^a Mensualmente se repartirán los premios, consistentes en libros entre las que mejor contesten a los cuestionarios.

5.^a Los nombres de las dos lectoras y de dos alumnas, en el primer Concurso, se publicarán mensualmente en CONSIGNA, indicando el premio que les ha correspondido, el cual le será enviado por correo a la Delegación Provincial de la Sección Femenina correspondiente.

CONTESTACIONES AL CONCURSO DEL MES DE ENERO

Al de las lectoras:

- 1.^a Concepción Arenal.
- 2.^a Calderón de la Barca.
- 3.^a Francisco Espoz y Mina.

- 4.^a Bartolomé Esteban Murillo.
- 5.^a Alberto Lista y Aragón.

Contestaciones al Concurso de las alumnas:

- 1.^a En el siglo VIII.
- 2.^a En Font-iberis (Fontibre), en Peña-Labra, Sierra de Isar, en los montes Septentrionales o Cantábricos.

- 3.^a Fémur, rótula, tibia, peroné, tarso, metatarso y dedos con sus falanges.
- 4.^a Acto de contricción.
- 5.^a Se terminó la Guerra de Liberación.
- 6.^a Isabel II.

PREMIOS CONCEDIDOS A LAS CONTESTACIONES DEL MES DE DICIEMBRE

Aida Almazán Patallo, en Moreda (Aller), de Asturias, «Los cuentos de Boz».
María Mercedes Aróstegui Orcasitas, Es-

uela Nacional de Barriada de Santalices, en Somorrostro (Vizcaya), «Cuentos populares de Castilla».

CONCURSO DEL MES DE ABRIL

Para las alumnas:

- 1.^a ¿A qué naciones baña el Mar del Norte?
- 2.^a ¿Cómo se llamaba el general cartaginés con el que vino este pueblo a España?
- 3.^a ¿Cuáles son las tres primeras peticiones del Padrenuestro?

- 4.^a ¿Cuál es el segundo apellido del Caudillo?
- 5.^a ¿A qué es igual la suma de $1/3$ más $3/4$?
- 6.^a ¿Cómo debe de ser siempre el aspecto de una niña?

Para las lectoras:

- 1.^a ¿Qué significa la palabra U. N. E. S. C. O., que tanto se usa ahora?
- 2.^a ¿En qué ocasión y quién pronunció las «Filípicas»?
- 3.^a ¿Cuántos reyes de España, sucesivos, parecen retratados en el cuadro de Van Loo, existente en el Museo del Prado, titulado «La familia de Felipe V»?
- 4.^a ¿Cuál es la velocidad de la luz?
- 5.^a En el *Quijote*, ¿cuál es el personaje llamado Pedro Pérez?

- 6.^a ¿Cómo se hace una tortilla a la francesa?
- 7.^a ¿En qué provincia de España está situado el Mulhacen?
- 8.^a ¿Qué religión profesan los reyes de Inglaterra?
- 9.^a ¿Cuál es el animal representativo de San Juan Evangelista?
10. En qué fecha se reunió el Caudillo con los ex combatientes en el Alto de los Leones?

BIBLIOGRAFIA

SANCHO, José María, S. J.: *Hacia el Japón. Cartas de un misionero.*—Edit. Escelicer. Madrid, 1951, 171 págs.; 25 ptas.

Un jesuita estudiante es enviado al Japón a la Escuela de japonés en Taura-Jokosuka. El libro contiene la recopilación de cartas dirigidas a su hermano, también jesuita. En su epistolario narra, no sólo su vida de Comunidad, entre Padres extranjeros y profesores paganos, sino también las costumbres, vida y aficiones del pueblo japonés. De fondo limpio y estimulante, desprende sana alegría, hace amable la religión, llevadera la penitencia y hermoso el sacrificio, hermanando la entrega total a la voluntad de Dios con una vida gozosa. El estilo es gratisimo y muy ameno, con anécdotas divertidas que llegan a provocar la hilaridad. Vibra en el protagonista el intenso afán misionero que caldea su alma y que, burla burlando, a través de los hechos y dichos jocosos, logra transmitir al lector. Lleva el «nihil obstat». Recomendable para todos. (B. y D. V.)

TANOMERA, Luciano de: *Hombres y hechos de otra época.*—Editorial Tesoro, Madrid, 268 págs.; 30 ptas.

Once ensayos históricos se reúnen en este volumen. Algunos revisten especial importancia política, como el primero, sobre la acertada visión diplomática del Rey Católico, o el que se refiere a la pérdida del Rosellón, pero, en cambio, tienen mayor interés humano y mayor amenidad el de Felipe II y sus criados, el de Bárbara de Braganza, o la monografía de don Tadeo Calomarde. Obra bien presentada, con algunos grabados interesantes; nada hay que señalar en ella desde el punto de vista moral o religioso, por lo que

podría ponerse en todas las manos, pero por los conocimientos que supone requiere del lector alguna cultura. (B. y D. V.)

MONTILLANA, Javier de: *Bretón.*—Talleres Gráficos Núñez. Salamanca, 1952, 245 páginas; 50 ptas.

Biografía concebida y publicada como homenaje a la memoria del gran compositor salmantino, cuyo centenario acaba de celebrarse. A través del ameno relato se ponen de manifiesto las dificultades que tuvo que ir venciendo para poder ser fiel a su vocación artística y musical, destacando entre ellas las consabidas de tipo económico, que han presidido el signo de la mayoría de las celebridades. También se van reflejando los principales acontecimientos políticos de la época, con su natural influencia sobre la vida del biografiado. Irreprochable en su aspecto moral, no hay nada que objetarle, pudiendo ser leída por todos.

CLARASÓ, Noel: *El placer de la conversación.* Ed. A. Y. M. A. 1952. 248 págs.; 45 pesetas.

El autor califica su obra de tratado para hacer buena y bella la conversación. Desarrolla el tema de una manera ordenada y clara, dividiendo las conversaciones en tres tipos y estudiando en cada uno de ellos el mejor modo de hacer de la conversación un placer, para que al mismo tiempo sea clara y eficaz y se consiga por ella una convivencia más cordial. Cierra cada capítulo una frase que lo resume, y con todas ellas, se forma al final del libro un «formulario» de buen conversador. Es obra de educación personal en plano simplemente humano, que no roza ningún tema moral ni religioso, y que únicamente

te exige en el lector el nivel cultural necesario para que pueda interesarle este tema. (B. y D. V.).

MAZZOTTI, Giuseppe: *Introducción a la montaña*.—Ed. Juventud. Barcelona, 1952. 171 páginas; 60 pesetas.

Como indica su título, este libro está escrito para montañeros y, más aún, para despertar, en los aficionados, mayor amor por el campo y las alturas, al describir el placer de las escaladas, o simplemente el de recorrer los caminos y de completar las cimas, cuya pureza y grandiosidad hace al hombre más humilde y más sencillo. Es lástima que recoja cierta leyenda hindú que suena a irreverencia a los oídos católicos, y que requiera en el lector alguna formación. (B. y D. V.).

SCHENZINGER, Karl Aloys: *Anilina*.—Colección Prisma. Ed. Apolo. Barcelona, 1952. 382 págs.; 40 pesetas.

En esta obra *Anilina*, que ofrece ahora la Editorial Apolo, al lector español se ofrece una versión clara y completa de la industria química alemana de su iniciación, de su desarrollo y de su importancia dentro de la economía de su país y el mundo entero. Y a través de las siete partes en que se divide el libro, se va relatando la historia de hombres que contribuyeron con sus esfuerzos, su abnegación y hasta su vida o la de los seres más queridos al servicio de las grandes empresas. Su lectura es de gran interés. Personas mayores. (B. y D. V.).

INNES, Michael: *En la mañana de un lunes*. Colección «La Nave». Madrid. 328 páginas; 45 pesetas.

En la mañana de un lunes, el autor nos presenta a sus protagonistas: un sabio y maduro profesor y su fantástico alumno, hijo de un gran científico especializado en investiga-

ciones atómicas. Esta circunstancia origina a los protagonistas no pocos contratiempos e intentos de secuestros que altere su viaje de recreo a Irlanda. Obra original en su desarrollo, que despierta el interés del lector sin decaer un momento; de agradable estilo y acertada descripción de los personajes. Lectores con algún conocimiento de la vida. (B. y D. V.).

CHRISTIE, Agatha: *El misterio de la guía de ferrocarriles*.—Biblioteca Oro de bolsillo, número 36. Ed. Molino. Barcelona, 1952. 224 págs.; 8 pesetas.

Al regresar de su rancho de América del Sur para pasar seis meses en Inglaterra, el capitán Hastings se va a hacer una visita a su amigo Hércules Poirot, encontrándole hondamente preocupado por el aviso anónimo que ha recibido, desafiándole que descubra algo que ha de ocurrir en la fecha que se le indica. Y, en efecto, los temores del detective no son infundados, pues a partir de esa fecha comienzan a cometerse una serie de asesinatos que van siguiendo el orden alfabético, tanto de los apellidos de las víctimas como de los pueblos donde se cometen.

Es una de las obras más originales e interesante de la novelista.

LINARES, Luisa M.^a: *Sólo volaré contigo*.—Juventud. Barcelona, 1952. 191 págs.; 25 pesetas.

Bajo la personalidad del bailarín Juan Luis, se oculta una encantadora mujercita a la que el egoísmo de su frívola madre obliga a mantener el peligroso equívoco. Y, creyéndola un muchacho desamparado, un joven se constituye en su protector y amigo hasta que, casualmente, se descubre el engaño y surge el amor entre ambos. La forma es correcta, dentro del tono frívolo habitual en esta autora. Personas con alguna madurez.



El Período de Iniciación Profesional en la Escuela Primaria

MES DE ABRIL

POR FRANCISCA BOHIGAS



SABEMOS que el trabajo es un derecho de la persona humana y, además, un deber con la colectividad a que pertenece para acrecentar el bien común. Pero, en estos tiempos, que, providencialmente, nos ha tocado vivir, aparece el trabajo como

necesidad inexcusable de todos. Y la mayoría de españoles trabajan.

Tratando la cuestión trabajo desde el punto de vista docente, formativo, como debe considerarse en la Escuela primaria o Colegio de Primera Enseñanza, lo que más interesa es la actitud. Ahora bien, la

actitud no es valiosa solamente para la Escuela o Colegio; la actitud trasciende a la vida en todos sus aspectos, y nos interesa que los escolares adquieran el conocimiento y la actitud habitual que la concepción cristiana del trabajo crea.

A la concepción marxista de que el trabajo era una mercancía sometida, como las demás, a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, oponemos la consideración del trabajo como el ejercicio de la actividad humana y que debe servir para satisfacer las necesidades de la vida, sin desviar al ser humano de sus propios fines.

Esta concepción cristiana del trabajo informa toda la legislación laboral española y la realidad del mundo español laboral.

Nuestro "Fuero del Trabajo" lo define diciendo: "El trabajo es la participación del hombre en la producción mediante el ejercicio voluntario de sus facultades intelectuales, según la personal vocación en orden al decoro y holgura de su vida y al mejor desarrollo de la economía nacional."

El trabajo, así considerado, tiene dos cualidades que en él puso la Naturaleza misma: ser personal y ser necesario; porque la persona trabaja con sus propias fuerzas, y porque del fruto de su trabajo necesita el hombre para sustentar su propia vida y la de su familia.

Conviene fijarse y entender bien la diferencia inmediata entre ambas concepciones del trabajo: la marxista, considerando que el trabajo es mercancía, lo compra, y si hay muchos obreros que se ofrecen lo paga menos, porque sabe que si no acepta uno aceptará otro. Si hay pocos que se ofrecen lo paga más, y si hubiera sólo uno iría a buscarlo a su casa porque

lo necesitaría. Y cuando no vale su músculo o es escasa su inteligencia y no le sirve, no lo utiliza, sin consideración ninguna a sus necesidades personales. En la concepción cristiana del trabajo se parte de la consideración de que toda persona tiene derecho a la vida y, por tanto, todos, sin excepción, han de poder trabajar. Es obligación del Estado el procurar que exista trabajo para todos y, además, la remuneración del trabajo, se ha de procurar que sea suficiente para vivir la persona. Eso no quiere decir que cuantas trabajan vayan a percibir la misma remuneración, pero sí impone la obligación de que los jornales mínimos sean suficientes para vivir la persona y aun su familia, porque para vivir trabaja el hombre.

Maestras, lectoras de esta Revista, importa mucho que hagáis entender a vuestras alumnas las dos actitudes del trabajo y las consecuencias que tienen para la familia y para toda la colectividad.

En la concepción cristiana del trabajo es una exigencia que las productoras disfruten el descanso dominical, vacaciones retribuidas, seguros, previsión de accidentes, etc., mientras que en la concepción marxista tales beneficios hay que conquistarlos mediante la lucha y con perjuicio del propio obrero y de la producción. Es, pues, una cuestión de actitud.

Para orientaros bien consultad la Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII, y si queréis ya encontrar las aplicaciones, en un libro ¿Qué profesión elegir?, que suele figurar en las bibliotecas locales, vienen las aplicaciones a la Iniciación Profesional.

Necesidad de destacar los valores espirituales sobre los materiales.—Es decir, maestras, que primero debéis entenderlo

vosotras, porque en la vida escolar conviene que diariamente, cuando la ocasión se presente, destaquéis, ante las alumnas, todos los valores humanos del trabajo: la satisfacción que produce como ejercicio de nuestra actividad; el contento de sentirnos capaces, de hacer algo; la prueba de que somos personas, de gusto, porque hemos elaborado un objeto bonito, etc., valores morales, como evitar el ocio, ayudar al buen orden de la Escuela; contribuir a su decoración; proporcionar satisfacción a nuestros padres con nuestro aprovechamiento en la Escuela; prepararnos para ganarnos la vida cuando seamos adultas, etc. Sólo más tarde, las niñas, añadirán a tantos valores de todo orden, pero siempre espirituales, el valor económico de la producción: y habréis conseguido que le tomen el gusto y se encuentren satisfechas trabajando.

Distinción entre trabajo individual y trabajo colectivo.—El trabajo individual escolar (véase ¿Qué profesión elegir?) se realiza por cada escolar orientada, guiada, animada por la maestra, para el individual provecho de la niña que lo practica.

El trabajo escolar colectivo se practica por un equipo de niñas bajo la dirección inmediata de la maestra o de una niña adelantada que actúa de jefe del equipo.

El trabajo colectivo tiene grandes ventajas, pero mal orientado puede augurar serios trastornos para la convivencia.

Nos obliga a conocer nuestras fuerzas y saber qué aportamos al equipo: qué sabemos hacer.

A reconocer las fuerzas ajenas.

A ocupar un lugar en la empresa colectiva.

A someter nuestra actividad a un ritmo establecido y mantenido por el equipo.

A compartir el afán de superación del grupo.

A beneficiarnos de los resultados favorables y de los fracasos.

A capacitar a las compañeras que saben poco para que la labor que hacemos salga bien.

A saber mandar y obedecer.

A sabernos gobernar.

A no desesperarnos si no podemos ser de las primeras y aprender mediante el trabajo individual, etc. Aquí no podemos extendernos más. Pero queda clara su conveniencia.

El trabajo colectivo en la Escuela exige por parte de la maestra preparación, paciencia y vigilancia, pero ofrece grandes compensaciones.

Realizaciones en cuatro semanas.—Quiero repetir lo dicho tantas veces. Contad los días lectivos del mes y preparad el trabajo, teniendo en cuenta el número de horas que las niñas pueden trabajar.

Es muy formativo decir a las niñas de qué tiempo disponen para realizar una labor y que sean capaces de ajustarse a un tiempo dado. Y constituye una prueba de mando de la maestra que elija trabajos para las alumnas que puedan realizarse en el tiempo que el mes ofrece. Hay que poner mucho cuidado para no elegir objetos que resulten imposibles para las niñas, ya sea en relación con sus aptitudes o por el tiempo de que se dispone.

Empezamos el tercer y último trimestre del curso.

Si hay trabajos de los que duran el curso entero conviene calcular el número de horas que corresponden a las clases de Iniciación y repartir el trabajo que falta en tres partes, una para cada mes: el trabajo mensual en cuatro partes, una

para cada semana y ser muy exigente consigo mismo para cumplir la tarea impuesta.

Si hubiera que empezar trabajos nuevos también deben elegirse en relación con el número de horas de que se dispone y hacer el mismo reparto en semanas.

Contiene que los trabajos que se elijan para el tercer y último trimestre representen un avance en cuanto al esfuerzo que exijan, lo mismo en relación con la inteligencia que con la técnica. Es preciso que el objeto ofrezca mayores dificultades y que se exija mejor perfección en la ejecución, de modo que represente un progreso respecto de los primeros trabajos ejecutados durante el trimestre anterior.

Para cumplir con esta condición de seleccionar trabajos que exijan esfuerzos progresivos no puede hacerse en cualquier momento, tiene que elegirse con calma y repaso. No debemos perder de vista el valor educativo de la clase de Iniciación Profesional.

ESCOLLOS QUE DEBEMOS EVITAR

I.—Que las niñas se encuentren con dificultad para aprender durante las pocas

horas de que se dispone en las clases de Iniciación Profesional, o que les falte tiempo para terminar algunas labores y lo hagan durante la sesión escolar.

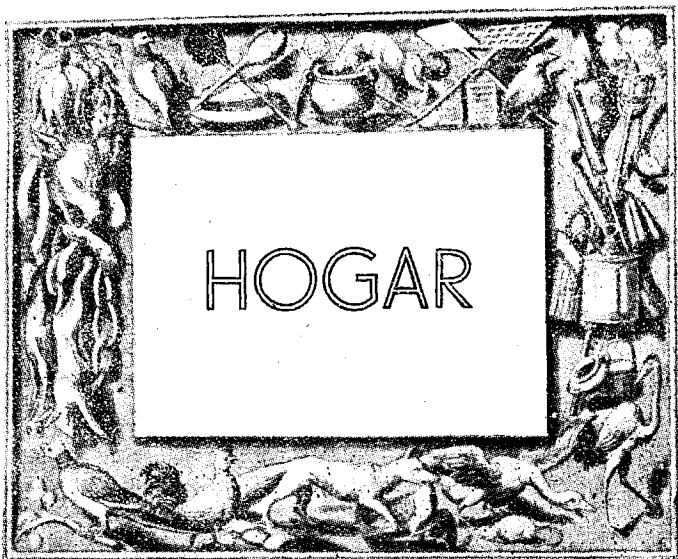
Sabemos que así ocurre en algunas escuelas. Las maestras deben evitarlo. Las directoras de Grupos deben prohibirlo. Cada materia requiere su tiempo, y si las labores son más vistosas no hay razón para que resten tiempo a las demás tareas escolares.

II.—Las dificultades que se encuentran en las clases de Iniciación Profesional proceden, en su mayor parte, de que las niñas no dominasen las manualizaciones correspondientes a los períodos elemental y de perfeccionamiento que son obligatorios y en la clase de Iniciación tienen que aprender lo que ya deben saber.

Recordemos lo dicho en el artículo de marzo: el secreto del éxito de una clase de Iniciación está en que todas las escolares que a él concurren posean el certificado de Estudios Primarios y que lo hayan merecido.

El mejor orgullo de una maestra no ha de consistir en desempeñar una clase de Iniciación, sino en que sus alumnas sepan y estén bien formadas como exige el merecer el certificado de Estudios Primarios.





Al volver a casa...

MODAS

Por C. W.

ESPAÑA

Se inicia 1953, y de cara a la primavera, la prensa recoge una orientación de la futura moda, sacada, no de las colecciones de París, sino de los modistos reunidos en Barcelona, y un gran diario de la tarde esboza en dibujos de escasos pero expresivos trazos, la línea que para este verano marca el modisto español P. Rodríguez. También en otro reportaje se señala la silueta que presenta la modista Asunción Bastida.

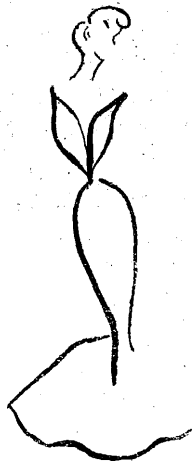
Ya era hora que nosotros mismos le diésemos categoría a nuestros magníficos

creadores en lugar de pasmarnos constantemente ante la moda de París. En París, Balenciaga, ese modisto vasco, sobrio y elegante, lleva doce o quince años de éxito, sin bajar en la escala. Y manteniéndose entre las primeras figuras francesas que en estos quince años no ha sido siempre las mismas; ni Dior, ni Fath lo han adelantado. Ni cualquier novedad, como Givenchy lo oscurece. Y el dibujante Castillo —es ahora el que comparte la firma con Lauvin, Castillo-Lauvin.

Esto en el terreno de lo caro y lo selecto. Pero no cabe duda que toda mujer española, tanto en minoría como en masa,

es una de las que mejor viste en Europa.

Confección.—La mano de obra no es aquí tan cara como en otros países, y, por tanto, la confección se cuida más. Se



puede echar mejor el resto en ella. Y los cursos de corte y confección tan a la moda, y a cuya difusión ha contribuido tanto la Sección Femenina, han hecho posible para muchas mujeres modestas variar un poco más su guardarropa.

Línea y color.—En estos ligeros esbozos de la moda para la próxima temporada, ya se vislumbra algo de lo que puede ser.

Ya se nos dice, también, que el color azul horizonte, azul cobalto y azul marino va a ser muy favorito en la próxima temporada.

Así que, afortunadamente, entre esta orientación primeriza, ya vemos dos posibilidades aceptables: la línea que pretenciosa pero bonitamente, Pedro Rodríguez llama «Campánula», y el color eternamente práctico, discreto y elegante, que

es el azul marino. Lana suave azul marino con piqué blanco. Alpacas azul marino, schangtung azul marino...

Y, naturalmente, nada de exagerar la línea campánula. Y cuidado con las mangas, ídem. Todo lo demasiado miravolante es pretencioso y cursi. No conviene exagerar nunca una línea excesivamente porque nuestro vestido pasará rápidamente de moda.

El traje sastre.—Y ahora que nos enfrentamos con la primavera, queridas amigas, hagamos el elogio tan merecido



del vestido sastre. Parece ser que el sastre auténtico está en baja, entre los directores de la moda. Este invierno Balenciaga lo presentaba casi sin entallar; y aho-

ra dicen que esta primavera admitirá el vestido sastre mucha fantasía. Pero es lo cierto que cuando llega la hora de hacerse un vestido de chaqueta, va una al modisto o sastre y le encarga: uno muy «clásico». Es decir, normal. De hechura de sastre tradicional. Naturalmente, que ahora lo encargaremos con casi ninguna guata en las hombreras y no tan entalladísimos como hace dos años; la chaqueta no será ni corta ni larga, y aunque se abombe un poco la cadera no se marcará ni se armará tanto como en años anteriores. La falda será recta, bien pinzada en la cadera y con un tablón detrás o delante que nos permita movernos con comodidad, y el largo será de 32 a 35 del suelo.

Blusas.—Y luego, qué gusto tener un par de blusas lavables y primaverales; una podrá ser de seda lavable, a ser posible de seda natural, de hechura camisera, y otra tal vez podremos hacerla de batista, jacona, algo muy blanco y en cierto modo almidonado; algo pimpante y refrescante. También puede ser de piqué. En fin, una blusa mañanera y otra de lencería más cuidada y vestida.

Medidas más corrientes en esta talla:

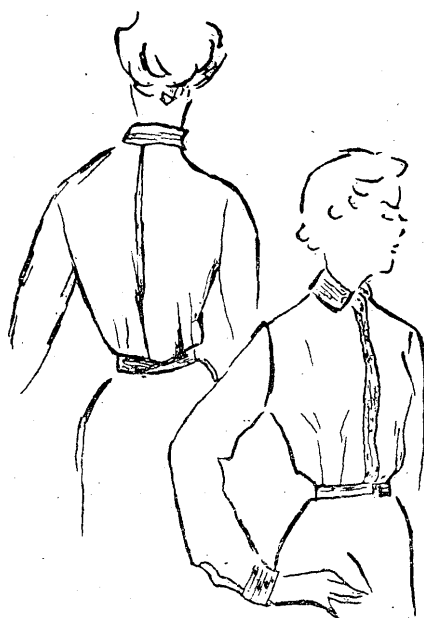
Cuello	34	Talle delantero.....	44
Espalda	40	Alto de pecho.....	26
Talle	41	Pecho.....	50
Caída.....	37		
Sisa.....	18	Largo total de manga..	60
Tórax	88	Bajo brazo.....	45
Cintura	68	Contorno brazo.....	38

Tela necesaria para este modelo: 1,75 metros en 0,80 de ancho.

Observaciones: Debe seguirse la bue-

na dirección de las líneas que indican el recto hilo.

Centro espalda lo indica una X. Centro delante lo indica una *.



Deberá dejarse todo alrededor 2 centímetros para costuras, exceptuando el cuello, que sólo se dejará 1 cm.

Se tendrá muy en cuenta de colocar en el doblez de la tela la parte que corresponda, en este caso, la espalda, ya que no va abierta en la espalda.

Siempre que el delantero vaya abierto habrá que dejar 2 cms. para cruzar y 4 para volver.

El modo de conocer la talla que corresponde a cada persona bastará tomar la medida del tórax por debajo de los brazos y por la parte alta del pecho, es decir, menos desarrollada, y la mitad de lo que resulte será la talla correspondiente.

Una vez preparada la prenda se prueba y si sienta bien, se coserá más bien por fuera del hilván para que no quede pequeña la prenda.

Los puños y cuello deberán llevar una telita, que esté previamente lavada, para que al confeccionarlos queden un poquito armados los puños y cuellos.

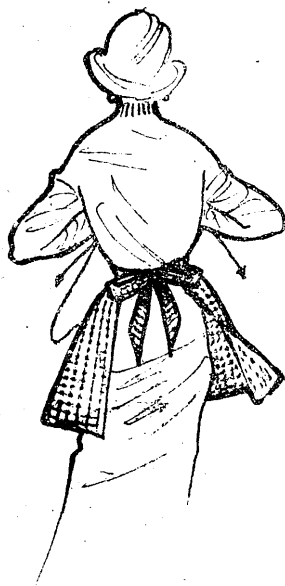
Modelo de delantal

Delantal de tejedora.—¡Para no hacerse un lío al trabajar con dos ovillos!

Tomad dos veces 50 cms. de vichy de cuadritos, en dos tonos, y de 0,80 de ancho. (El vichy suele ser de 0,70). Cortar

bladillo alrededor del recorte del bolsillo. Hacer un dobladillo alrededor del recorte del bolsillo. Hacer un pespunte por tres lados del delantal (bajo y costados).

Volver, montar lo alto del delantal en



dos rectángulos de 40 x 60. Hacer dos tablas, a 15 cms. de distancia una de otra, sobre la tela que va a hacer de forro. Recortar dos bolsillos de 10 cms. de ancho por 15 de largo de forma ovalada a 25 centímetros de distancia el uno del otro, en la parte baja del bolsillo y a 11 cms. en la alta o cintura. Cada pliegue debe de caer en el centro del bolsillo. Hacer un do-

un cinturón doble, hecho con los 10 centímetros de tela (recortes) que os quedan, hacer un pespunte que divida verticalmente el delantal en dos mitades.

Consejo: Hacerlo previamente en papel de patrón.

(Revista *Elle*, enero 1953.)

Dos modelos de batas



Combinación de pana «cortada» en dos sentidos. Tapa con botones de arriba abajo en sentido horizontal. El cuello, puños, cinturón y bolsillos, ídem. Muy graciosa para percal o vichy rayado. Falda vuellada. El cuerpo cortado separadamente de la falda.

Para una mamá joven: Muy gracioso ese salto de cama de aire antiguo. Puede hacerse en piqué blanco con tiras bordadas o en algún vichy a rayas celestes y blancas o rosa y blancas. Las tiras pueden sustituirse con volantes.

(Revista *Elle*, enero 1953.)

Solicita el patrón n.º 1 (blusa camisera) enviando el cupón relleno a la dirección siguiente:

CONSIGNA. Regiduría Central de Cultura.

Almagro, 36 — MADRID

Lo recibirás contra reembolso por el precio de

CUPON N.º 1 DEL PATRON "CONSIGNA"

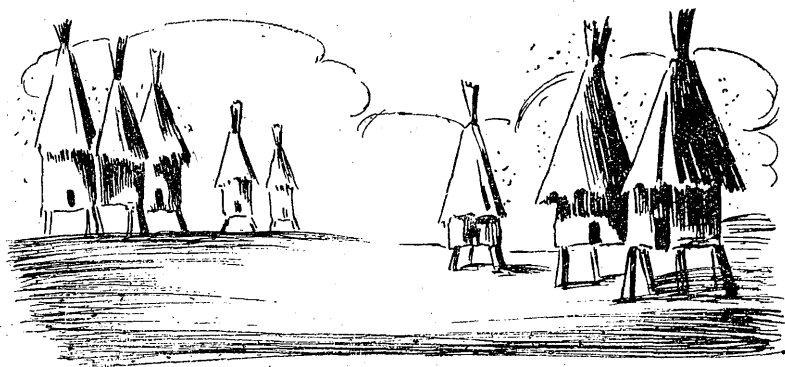
Nombre

Domicilio

Residencia

Provincia

HERMANDAD DE LA CIUDAD Y EL CAMPO



Los enjambres de abril

POR MARÍA ESTREMEIRA DE CABEZAS



SIEMPRE ha sido una de las más serias preocupaciones de los apicultores la salida de enjambres de las colmenas. Antiguamente, cuando se tenían respecto a las abejas tan sólo unas nociones vagas y no siempre acertadas, constituían el único medio de aumentar el colmenar y, en consecuencia, se esperaban con verdadero anhelo, escrutando cada día el aspecto del firmamento, sus nubes, la temperatura, la mayor o menor impetuosidad del viento y la aparición de las flores en el campo para deducir con las mayores probabilidades de aciertos cuál podría ser el momento en que arrancara de alguno de los peones el turbulento haz de insectos zumbadores.

Refranes y consejas, preceptos más o menos atinados referentes todos ellos a la ocasión y condiciones de la marcha del tropel de abejas en busca de un nuevo alo-

jamiento, se repetían de continuo durante las tertulias familiares, y todos los individuos que la componían se interesaban por igual en la esperanza de que tales marchas se realizaran y en la segura captura de los grupos fugitivos.

Actualmente, en la explotación bien orientada y partiendo de conocimientos científicos, seriamente comprobados, el aprecio del enjambre ha variado mucho, y, lejos de estimarle y apetecerle, se le considera como una perturbación seria, por estar individuos a la colonia de donde parte, o, lo que es lo mismo, obreras dispuestas al trabajo en el momento más importante, cuando las flores ofrecen néctar abundante y pueden llenarse de miel los panales, brindando al colmenero recolección capaz de producir en el mercado buen ingreso metálico, pero el enjambre ha causado una muy sensible reducción de tales aportaciones, y en el cuaderno de

cuentas se manifiesta como un saldo mísero.

Por ello se han ideado medios para regular, dominar el deseo instintivo y necesario en las abejas, por imposición de su propia naturaleza y condiciones de vida de dar salida a un enjambre cuando se inicia la gran mielada.

No es mi propósito ahora hablar de tales métodos, de empleo necesario en toda explotación intensiva de la que se quiera obtener buen producto; sólo voy a referirme al enjambre natural, por la sencilla y convincente razón de que existe y existirá siempre, aun en las explotaciones mejor atendidas, porque si un buen apicultor, empleando en todas sus cajas el método Snelgrove o el Demarée, consigue de hecho casi anularlo, no será acontecimiento extraño la aparición de un enjambre en algún árbol próximo al colmenar colgado de una rama, procedente, tal vez, de colmena ajena.

Por ello es indispensable, hoy como ayer, y mañana como hoy, redoblar un poco la vigilancia y atención del colmenar en el mes de abril y tener siempre dispuestos los sencillísimos adminículos indispensable para poder captar un enjambre natural, sin causarle daño ni merma en su conjunto.

El principal, casi pudiera decir el único, es la capacha enjambreira conocida y poseída por todos los colmeneros fijistas, pero muy ignorada de los apicultores movelistas, en casi ninguna de cuyas explotaciones existe, y es muy conveniente tenerla, aun siendo fácil suplirla con una esportilla, mejor con un cesto de tejido compacto, o simplemente con un saco limpio y sin olor, al cual se le coloque en el jarretón de su boca un círculo de alambre

o mimbre para mantenerla abierta. Pero la capacha, labrada con esparto, de forma acampanada, con asa amplia y fuerte en el vértice de su fondo semiesférico, se compra por muy poco dinero y presta muy buen servicio. Como es necesario emplear, en combinación con ella, un lienzo blanco de algo más de un metro cuadrado de amplitud, es aconsejable se la conserve bien envuelta en este lienzo.

Veamos antes cuáles son las reacciones de las abejas en el curso de la enjambrazón.

No hemos llegado a un completo acuerdo respecto a las causas motivadoras de la partida del enjambre. Se ha rechazado ya la que se creyó primeramente era la fundamental, la falta de espacio en la colmena, por haberse comprobado una y otra vez no se evita esta salida por la simple adición de alzas, aun llevando panales estirados u hojas de cera estampada. Es un fenómeno biológico y, en consecuencia, necesario. Yo considero como la más acertada la opinión de Gerstung, según el cual la razón inmediata es el existir en la población un número mucho mayor de abejas jóvenes, de doce días, que de pecoreadoras ya aptas para volar fuera de la colmena. Precisamente tal desequilibrio se produce cuando en el comienzo de primavera se ha llegado a las cifras altas de ovifecación y cría, sin alcanzar el máximo, y ya en abril, por disponer la reina de nodrizas suficientes, intensifica la puesta y llena los panales de pollo, dando lugar al gran número de nacimientos diarios, que a los pocos días superan a las pecoreadoras existentes, entre las cuales se producen, también a diario, defunciones que reducen su número.

Sea cualquiera la verdadera causa, lo

cierto es que unas veces salen muchos enjambres y otras muy pocos, influyendo en ello de un modo indudable las condiciones meteorológicas.

Cuando parte suele detenerse en las ramas de algún árbol cercano, si lo hay, haciendo en él la bola de insectos, pero por un tiempo relativamente corto, y si de nuevo emprende el vuelo, entonces lo general es que se aleje mucho; por ello es conveniente una vigilancia constante en las horas meridianas para atraparlo en su primera detención.

Desenvuelta y limpia la capacha se coloca debajo del enjambre y se alza lentamente, con cuidado de no tocar a las abejas, y con un golpe seco en la rama se hace caer el grupo dentro, cubriéndola con el lienzo blanco y posándola boca arriba en el suelo, dejándola cubierta con el lienzo, pero con un pequeño espacio en el borde por donde puedan entrar las que alrededor revolotean.

Puede dejarse así un ratito, durante el cual se prepara la nueva colmena en el lugar donde se piensa instalarla, y es conveniente ponerle panales ya estirados, e incluso con algo de miel y un poco de pollo si de alguna de las existentes se pueden tomar, sin llevar en ellos ni una sola abeja.

Se va en busca de la capacha, se lleva donde está la colmena preparada, se retira el lienzo blanco que la cierra y se extiende ante ella, sujetándola en el borde de la piquera, que estará totalmente abierta, y dejándola bajar en rampa al suelo y sobre dicho lienzo se hace caer el enjambre por un sacudimiento de la capacha, sin golpearla contra el suelo. Observando con atención el montón de insectos sobre el lienzo, se verá cómo poco a poco van reconociendo primero la colmena, luego entrando en tropel en ella y es facilísimo distinguir a la reina.



Calendario del apicultor

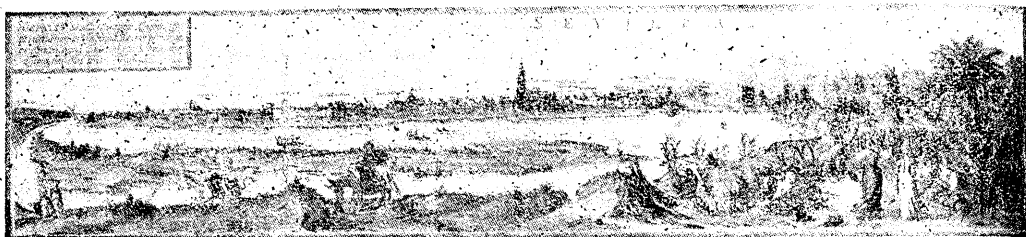
A B R I L

Mes de mucha atención al colmenar, ante todo por la posible salida de enjambres, pero también para apreciar por el entrar y salir de abejas y por los vuelos de "sol artificial" cómo se van desarrollando las poblaciones y acudir a poner las alzas a tiempos.

Las colmenas que permanezcan estacionadas y pobres, tanto de abejas como de

aportaciones de néctar, no debe dudarse en reunir las, pues tan sólo así se obtendrá de ellas cosecha.

Completar la limpieza interior que ya se inició el pasado mes y, sobre todo, atender mucho a los síntomas que puedan ofrecerse de enfermedad, por ser en este tiempo cuando es posible salvar la salud de las poblaciones.



Los objetos naturales

POR EMILIO ANADÓN



El uso directo de los sentidos es lo que natural y espontáneamente realiza el niño en su primera edad. Las primeras expresiones que realiza, ya en la cuna, tienen por objeto el aprendizaje de los movimientos y el correcto uso de los órganos sensoriales. Tales los movimientos de seguir una luz con la mirada, el tratar de coger un sonajero colgado, etc. Este uso de sus órganos sensoriales y de movimiento es prácticamente lo que hace conseguir al niño una serie de conocimientos, los iniciales de su vida. Con estas experiencias y por su deseo de imitación, llega a aprender uno de los más importantes: el lenguaje.

Pero el lenguaje con frecuencia hace perder al niño esta inicial costumbre de aprender, sobre todo al comienzo de su asistencia a la escuela. Ya no aprende por su experiencia personal, la de sus sentidos, sino por la de los que le informan, libro o maestro. Es decir, el niño se acostumbra con frecuencia en la escuela a adquirir conocimientos por medio del lenguaje hablado o escrito, conocimientos puramente memorísticos muchas

veces, y en general no bien comprendidos e insuficientes, sobre todo en las materias científicas. Continúa, en cambio, utilizando sus sentidos para el logro de conocimientos extraescolares, con lo que se suele producir una disociación en sus procedimientos de aprendizaje, y, consiguientemente, en sus saberes escolares y extraescolares, que llegan a perder toda relación. Es muy frecuente el encontrar alumnos que al preguntarles el profesor si han observado un hecho de experiencia corriente, contestan que no; e insistiendo un poco y ayudándole, comprobamos que, como suponíamos, había sido observado por él con detalle y únicamente le parecía extraordinario el que se pudiera hablar de la "experiencia vulgar" dentro de una escuela, pues para ellos no era lo ordinario.

Las Ciencias Naturales tienen por ello en la escuela mucha importancia, pues pueden conseguir el enlace "escuela-realidad" en gran manera, a poco que nos lo proponamos. Y no sólo este enlace, sino también el de "lenguaje-sentidos", pues además de perfeccionar la observación pueden ser utilizadas para perfeccionar la expresión oral o escrita, de lo

percibido por los sentidos. Es frequentísimo el caso del que se le pregunta "cómo es una hoja" y no sabe contestar absolutamente nada, aunque sepa perfectamente a lo que nos referimos y tenga en la memoria su imagen perfectamente, puesto que puede señalarla sin dudar.

Para lograr este fin, sin embargo, es necesario el poner al niño en contacto con la realidad, el que vea que en la escuela se describen cosas reales. Y para ello no hay más remedio que ponerles en contacto con seres naturales o agrupaciones de ellos que les permitan la observación, además de fenómenos naturales. No se deben dar las clases, a ser posible, más que delante de los objetos naturales descritos o, por lo menos, de buenas reproducciones de ellos. El problema es conseguir estos objetos o reproducciones para uso de los alumnos. Para ello sólo hay dos soluciones: ir a buscar los objetos reales toda la escuela, dando la clase en el campo o en otros lugares, parques, fábricas, jardines, o traer los objetos o reproducciones a la escuela. Las dos soluciones tienen ventajas e inconvenientes, por lo que lo más práctico será simularlo.

Los objetos o seres naturales pueden ser llevados a la escuela por el maestro o los propios alumnos. En los casos en que sea posible es indudable que la salida al campo tiene muchas ventajas, pues en él se pueden encontrar en general suficientes ejemplos de lo que nos interese, además de que también se puedan sorprender fenómenos o seres inesperadamente, que den motivo a preguntas del alumno y le interesen más por la materia. Sin embargo, tienen el inconveniente de que se pierde bastante tiempo y es difícil concretar la atención de los alumnos en lo que deseamos.

Suele ser más fácil el lograr que los alum-

nos traigan a clase los seres que recojan y que además hagan sus colecciones particulares. Para ello se prestan especialmente las plantas. Se pueden observar vivas en un florero, e incluso la germinación y desarrollo de semillas y bulbos con muy poco material y cuidado. Unas macetas, unos vasos, unos lebrillos con serrín suelen bastar para su desarrollo y conservación. Las experiencias de fisiología vegetal que se pueden hacer con ellas son variadas y fáciles, y el alumno puede darse cuenta con claridad de su funcionamiento y la finalidad de sus órganos. Las colecciones de plantas o partes de ellas son también muy fáciles de hacer, y los alumnos suelen aficionarse a ellas, dedicándose a intercambiar ejemplares como si fuesen sellos o estampas, con lo que se interesan doblemente por su tarea y por la correcta observación para la debida separación de los ejemplares. Las colecciones de minerales propios del país suelen tener menos interés para ellos, pues la monotonía es con frecuencia mayor en una región, aparte de que por su volumen y peso son difíciles de almacenar y manejar. Los insectos están en una posición intermedia, pues si bien su variedad es muy grande, su preparación es bastante más complicada y sólo pueden ser conservados en cajas relativamente voluminosas. Sin embargo, suelen constituir uno de los objetos de colección preferidos. También las conchas de moluscos y caparazones de animales marinos o del interior de caracoles terrestres, suelen tener gran aceptación. Las colecciones de huesos y nidos de aves resultan muy vistosas, pero son muy delicadas por su fragilidad.

También los esqueletos de diversos animales, aunque difíciles de obtener o preparar, constituyen un buen objeto de colección. Y finalmente, la conservación de animales en formol al 5 ó 10 % en frascos adecuados, o la

disección de ellos, bastante más complicada, pueden completar la colección escolar.

Respecto a reproducciones de objetos naturales, pueden confeccionarlas los mismos alumnos, sobre todo algunos que destaquen en el dibujo, láminas y dibujos coloreados, a buen tamaño. Y en circunstancias especiales, modelos en papel, madera, barro o escayola, en los que la reproducción puede ser más perfecta.

Finalmente, la conservación de animales vivos en clase es una de las cosas más atractivas para los alumnos. No se crea que su mantenimiento es difícil. Un acuario puede hacerse, por ejemplo, con un bocal o tarro, y en él colocar unas cuantas plantas acuáticas y algunos animalillos de pequeño tamaño, peces, ranas, cangrejos, escarabajos acuáticos, caracolillos, chinches de agua, etc., que pueden vivir sin dedicarles apenas tiempo si, como se consignó fácilmente, podemos establecer el necesario equilibrio entre los pobladores del pequeño mundo. Con una muselina puede recogerse de los estanques y charcas, o simplemente recogiendo el agua que escurren

las algas, pequeños animalillos casi microscópicos, pulgas de agua y copépodos principalmente, que puedan vivir y multiplicarse con mucha facilidad. En los pueblos costeros, los acuarios pueden ser de agua de mar y tener en ellos ermitaños y otros cangrejos durante meses, comiendo algas que crecen espontáneamente en las piedras colocadas en el fondo.

Los terrarios son más difíciles de mantener, pero pueden hacerse con facilidad con frascos tapados con muselina o con campanas queseras de tela metálica. Se puede tener en ellos escarabajos (el de la patata, muy apropiado), tarántulas, sapos, salamandras, culebras, etc. Las aves y mamíferos no se prestan a tenerlos en terrarios, sino en todo caso en jaulas, pero sus necesidades alimenticias son mayores y se requieren más cuidados. Sin embargo, también es posible tener alguna jaula con algún ave con relativa facilidad.

De este modo tendremos a nuestra disposición los objetos necesarios para el perfeccionamiento de las dotes de observación, y conseguiremos además despertar el interés de los alumnos.





FORMACION

DE

JUVENTUDES

ACTIVIDADES
VOLUNTARIAS

LABORES

LA ROPA DE LOS NIÑOS

Vamos hoy a ocuparnos un poco del vestuario de vuestros hijos. La ropa de los niños es preciso que sea sencilla de líneas, holgada para que no se sientan incómodos en ella y fácil de lavar y planchar. Sobre estas bases vamos a daros unos cuantos modelos de ropa interior, de delantales para estar en casa y de vestidos para salir.

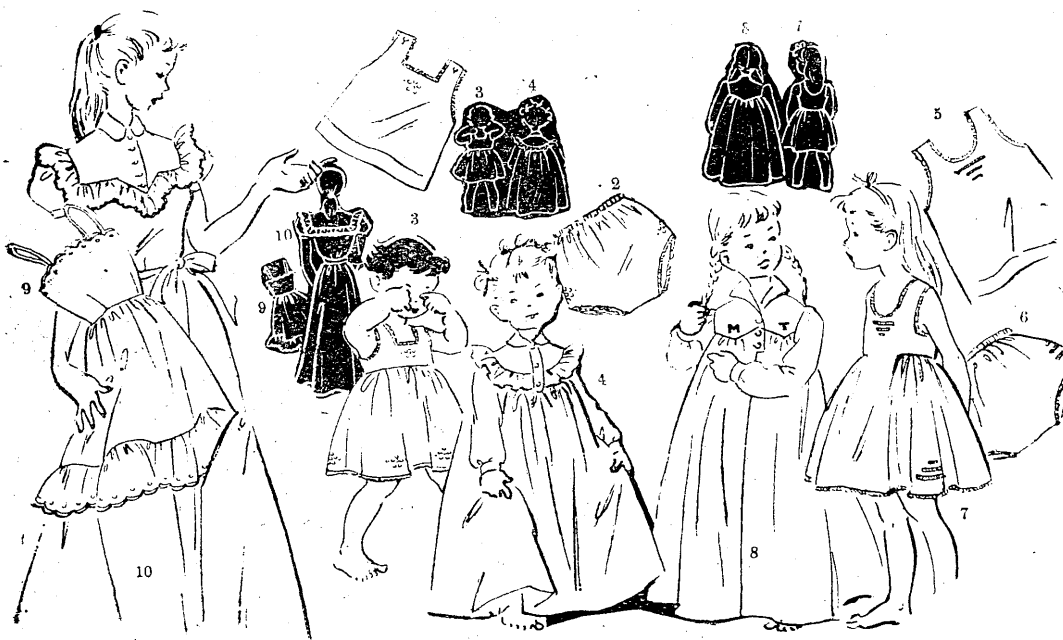
Para la ejecución de los modelos os daremos unas normas generales, ya que no es

posible dar patrones, pues no hay talla exacta que corresponda a una edad determinada.

NORMAS GENERALES

a) Cortad las prendas holgadas, dejando un buen dobladillo y tela en las costuras de los lados, que permitan alargardas y ensancharlas cuando sea necesario.

b) Para cortar los distintos modelos haced lo siguiente: coged un vestido viejo;



desarmadlo por las costuras; añadid en papel lo que necesite de más, de largo y de ancho para que tenga las medidas que le co-

rrespondan en la actualidad (quien dice vestido, dice combinación, camisón, etc.), y luego, sobre él, cortad en papel el patrón de la nueva prenda. Después no tenéis más que cortar la tela sobre el patrón que habréis confeccionado. Como los vestidos de las niñas no deben ser ajustados como un traje sastre, esta solución os resultará bien.

Vamos a empezar por *la ropa interior*. La cantidad de tela que en las explicaciones damos como necesarias a la realización de cada modelo están calculados en telas de 0,80 centímetros, y basándonos en la medida más grande.



Camisa, combinación y pantalón para niñas de dos a cinco años.—Camisita y pantalón son de la misma tela blanca. Se necesitan 0,50 centímetros para la camisa y 0,40 para el pantalón. Tienen un bordado de budoques y están rematados por un encaje estrecho (dib. 1 y 2).

Combinación en percal blanco 1 metro. La falda va fruncida todo alrededor; lleva unos budoques de adorno y está como, la camisita y el pantalón, rematada por encaje estrecho (dib. núm. 3).

El camisón es en vichy unido o mejor a rayas o cuadros. Se necesitan 2 metros 30 centímetros. El volante que lo adorna continúa también en el canesú por detrás (dib. número 4).

Para niñas de cinco a ocho años.—Camisa, pantalón y combinación son de la misma tela de percal blanca.

Camisa (dib. núm. 5) 0,85 centímetros de tela y pantalón (dib. núm. 6) 0,55. Llevan de adorno unos calados y van rematados por un encaje estrecho. La combinación (dib. número 7), 1 metro 25 centímetros de tela, lleva el mismo adorno que la camisa y el pantalón y lleva frunces a los lados.

Camisón (dib. núm. 8). Tela necesaria 2 metros 50 centímetros. En percal de tono unido rosa o azul. Está todo fruncido y montado en un canesú que hace tres picos.

Para niñas de nueve a trece años.—Combinación (dib. núm. 9) en percal blanco 1 metro 70. Fruncida en la cintura. Va rematada por un volante con festón y budoques. El mismo adorno alrededor del escote cuadrado.

Camisón (dib. núm. 10) en percal rosa o azul o en vichy rayado. Tela necesaria 3 metros 30. Canesú subrayado por un volante que termina con un festón. Mangas fruncidas y cuello camisero.

Delantales para estar en casa.—Dibujo número 11. El delantal más fácil de hacer y de poner. Para niñas de dos y tres años. Es menester 45 centímetros de tela, percal, vichy, etcétera. En lunares resulta muy bien; también queda gracioso en escocés o cuadritos. Hacer en la parte de arriba un dobladillo de 1,5 centímetros. Pasad un cordón por el dobladillo. A 5 centímetros del dobladillo y dejando 22 centímetros en el centro haced los dos semicírculos para los brazos. Bordeadlos lo mismo que todo el alrededor del delantal de un festón o de piquillo de algodón en el color dominante del dibujo. El delantal se cierra detrás del cuello anudando el cordón.

Dibujo número 12.—También para niñas de dos o tres años. En vichy; tela 1 metro 20 centímetros. La falda fruncida se cierra detrás por un botón. Los tirantes se anudan sobre los hombros con un lazo.

Dibujo número 13.—Para niñas de cuatro a cinco años. Hilo azul bordeado por festones rojos. Tela necesaria 1 metro 70 centímetros. El delantero forma dos pliegues en los que se hacen los bolsillos. Abrochado en la espalda. Se anuda con un lazo en la cintura.

Dibujo número 14.—Para niñas de seis a ocho años. En percal rayado. Tela necesaria 1 metro 50 centímetros. El pechero y los bolsillos se trabajan haciendo dibujo. Falda fruncida, se cierra detrás a la manera clásica, o sea anudando el cinturón y abrochando en él los tirantes.

Dibujo número 15.—Para niñas de diez a trece años. En vichy a cuadros, tela necesaria 2 metros 10 centímetros. La falda, fruncida a la cintura, lleva como adorno una tira al bias como el pechero. Se abrocha detrás de la misma manera que el anterior.



PROGRAMA DE MUSICA

CARTA DEL REY EL PATIO DE MI CASA

(Infantiles.)

Las normas tantas veces dadas para la interpretación de las canciones de corro y para los romancillos infantiles deben tenerse en cuenta, y seguirse al estudiar estas dos, y así su interpretación será la que su carácter exige.

CARTA DEL REY

Carta del rey ha venido,
para las niñas de ahora,
que se vayan a la guerra
a defender su corona.
Quédate con Dios pichona.
Todas se van a Palacio

para ver a su majestad,
van a pedir la bandera,
porque quiere ir a luchar.
Dame la mano paloma.
Quédate con Dios pichona.

Carta del Rey Carta del Rey ha ve-ni-do para las ni-ñas de aho-ra
que se va-yan a la guerra a de fen-der la co-ro-na queda-te con Dios pi-cho
na To-das se van a pa-la-cio para ver a su ma-jes-tad van a pe
dir la ban-de-ra por-que quie-ren ir a lu-char da-me la ma-no pa-lo-ma
queda-te con Dios pi-cho-no.

The image shows a musical score for the song 'Carta del Rey'. It consists of five staves of music. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a 2/4 time signature. The melody is written in a simple, folk-like style. The lyrics are written below the notes, with some words underlined or marked with accents. The score ends with a double bar line and a sharp sign, indicating the end of the piece.

EL PATIO DE MI CASA

El patio de mi casa
es muy particular,
cuando llueve se moja,
igual que los demás.
Agáchate, y vuélvete a agachar,
que las agachaditas
no saben bailar.
Hache, i, jota, ka,
ele, elle, eme, a,
que si tú no me quieres
otro alguno me querrá.

EL PATIO DE MI CASA

El pa-tio de mi ca-sa es muy parti-cu-lar cuan-do llue-ve se mo-ja i
 qualque lo de-más. El pa-tio de mi ca-sa es muy parti-cu-lar Cuan-do llue-ve se mo-ja i
 qualque lo de-más a-ga-cha-te y vuel-ve to-á-ga char-que la a-ga-cha-di-tas no
 sa-ben bai-lar a-che i jo-ta ha e-le e-lla e-me a- que si tu nome queres a-troa
 qu no me que vra vra

Staba Mater dolorosa

And. M. P. = 116
 1. Stabat Mater do lo ro sa Juxta cruce[m] lacrimosa Dum pendebat fili- ul.

Stabat Mater dolorosa,
 Juxta cruce[m] lacrimosa,
 Dum pendebat Filius.

Cujus animan gementem,
 Contristatam et dolentem
 Pertransiuit gladius.

O quam tristis et afflicta
 Fuit illa benedicta
 Mater unigeniti!

Quae maerebat et dolabat,
 Pia Mater, dum videbat
 Nati poenas inclyti.

Quis est homo qui non fleret,
 Matrem Christi si videret
 In tanto supplicio?

Quis non posset contristari,
 Christi Matrem contemplari
 Dolentem cum Filio?

Pro peccatis suae gentis,
 Vidit Jesum in tormentis,
 Et flagellis subditum.

Vidit suum dulcem natum
 Moriendo desolatum,
 Dum emisit spiritum.

Eia Mater, fons amoris,
 Me sentire vim doloris
 Fac, ut tecum lugeam.

Fac ut ardeat cor meum,
 In amando Christum Deum,
 Ut sibi complaceam.

Sáncta Máter, ístud ágas,
Crucifíxi fíge plágas
Córdi méo válide.

Túi náti vulneráti,
Tam dignáti pro me páti,
Poénas mécum dívide.

Fac me técum pie flére,
Crucifíxo condolére,
Donéc égo víxero.

Juxta crúcem técum stáre,
Et me tibi sociáre
In pláncu desídero.

Virgo vírginum praeclára,
Míhi jam non sis amára:
Fac me técum plángere.

Fac ut pótem Chrísti mórtem,
Passínis fac consórtem,
Et p'ágas recólere.

Fac me plágis vulnerári,
Fac me crúce inebriári,
Et cruóre Fílii.

Flámmis ne úrar succénsus,
Por te, Virgo, sim defénsus
In die júdíci.

Chríste, cum cit hinc exíre,
Da per Mátrém me veníre
Ad pálmam victóriæ.

Quando córpus moriétur,
Fac ut animæ donétur
Paradídi glória. Amén.

TRADUCCION

De pie junto a la cruz, de la cual pendía
su Hijo, estaba la Madre Dolorosa.

Una espada había atravesado su alma, que
gemía sumida en la tristeza y el dolor.

¡Oh, cuán grande fué la pena y la aflicción
de aquella bendita Madre del Unigénito de
Dios!

¡Cuánta amargura, cuánto dolor experimen-
tó su amor materno al ver los sufrimientos de
su augusto Hijo!

¿Quién no llorará al ver sumida en tan
gran suplicio a la Madre de Cristo?

¿Quién no se llenará de amargura al con-
templarla sufriendo con su Hijo?

Vió a su dulcísimo Hijo muriendo sin que
antes de expirar recibiera consuelo alguno.

¡Oh, fuente de amor, oh Madre, haz que
yo sienta la fuerza de tu dolor; que llore
contigo!

Que mi corazón arda en el amor de Jesu-
cristo, mi Dios, para así darle consuelo.

¡Oh, santa Madre, graba profundamente
las llagas de Jesús crucificado en mi corazón!

Hazme partícipe de las penas que tu Hijo
llagado por mí se dignó sufrir.

Que mientras yo viva, mis lágrimas se mez-
clen a las tuyas, compadeciendo al divino
Crucificado.

Que permanezca a tu lado junto a la cruz
compartiendo tu duelo.

¡Oh, preclara Virgen de las vírgenes, no
uses de rigor conmigo; haz que tus penas
sean las mías!

Que me asocie a la muerte de Jesucristo,
que participe de su Pasión y guarde el re-
cuerdo de sus llagas.

Que experimente la herida de estas llagas
y la embriaguez de la cruz y de la sangre de
tu Hijo.

Defiéndeme, ¡oh Virgen santa!, en el día
del juicio, para que no sea pasto de las eter-
nas llamas.

¡Oh Jesús!, haz que al salir yo de esta
vida, consiga, por mediación de tu Madre,
la palma de la victoria.

Cuando muera el cuerpo haz que sea dada
al alma la gloria del Paraíso. Así sea.

FORME SU BIBLIOTECA HACIENDO PEQUEÑOS DESEMBOLSOS

LIBROS EDITADOS POR LA DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

DOCTRINALES

Obras Completas de José Antonio (más de 800 páginas, gran formato). Ptas. 30 ejemplar.

Bografía de José Antonio (más de 800 páginas). Ptas. 50 ejemplar.

Ofrenda a José Antonio, por Dionisio Ridruejo (edición de gran lujo, en papel especialmente fabricado). Ptas. 2 ejemplar.

Letra Y (Historia y presente), por Manuel Ballesteros-Caibrois (68 páginas). Ptas. 2,25 ejemplar.

José Antonio. Antología. Traducción en inglés (300 páginas). Ptas. 17 ejemplar.

José Antonio. Antología. Traducción en francés. Ptas. 17 ejemplar.

Teoría de la Falange, por Julián Pemartín (56 páginas de texto). Ptas. 4 ejemplar.

Lecciones para Flechas (176 páginas). Ptas. 15 ejemplar.

FORMACION RELIGIOSA

Curso de Religión, por Fray Justo Pérez de Urbel (320 páginas). Ptas. 25 ejemplar.

Guía Litúrgica (36 páginas de texto). Ptas. 2 ejemplar.

Liturgia de Navidad (36 páginas). Ptas. 1,50 ejemplar.

Misa Dialogada (38 páginas). Ptas. 2 ejemplar

Misa festivo, por el Padre Germán Prado (beneditino). 500 páginas; encuadernado en tela con estampación en oro. Ptas. 10 ejemplar.

Nace Jesús (Liturgia de Navidad, villancicos, etc.). Edición en papel couché, impresa a dos colores; 32 páginas. Ptas. 3 ejemplar.

Oraciones de Juventudes. Ptas. 2 ejemplar.

Oraciones de Sección Femenina. Ptas. 2 ejemplar.

Misal Completo, de Fray Justo Pérez de Urbel. Encuadernado en Piel-Chagrín, cantos dorados, ptas. 225 ejemplar; encuadernado en piel y cantos dorados, ptas. 165 ejemplar; encuadernado en piel y cantos rojos, ptas. 140 ejemplar; encuadernado en tela y cantos rojos, ptas. 90 ejemplar.

HOGAR

Ciencia Gastronómica, por José Sarrau, Director de la Academia Gastronómica (224 páginas), con más de 200 grabados Ptas. 22,50 ejemplar.

Cocina (176 páginas, son un centenar de grabados). Ptas. 15,50 ejemplar.

Convivencia Social, por Carmen Wornor (64 páginas). Ptas. 2,50 ejemplar.

Puericultura Pos Natal (48 páginas). Ptas. 5 ejemplar.

Economía Doméstica. Ptas. 20 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Primer Curso. Ptas. 7 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Segundo Curso. Ptas. 10 ejemplar.

Formación Familiar y Social, Tercer Curso. Ptas. 12 ejemplar

Higiene y Medicina Casera. 84 páginas y cubierta a todo color Ptas. 7 ejemplar.

Hojas de Labores (patrones y modelos en colores sobre las más primorosas labores). Varios modelos de Hoja. Cada uno, 3 pesetas.

Patrones Graduables Martí. (Seis modelos distintos, con patrones de lencería, vestidos, ropa de caballero, etc.). Ptas. 20 ejemplar.

Manual de Decoración. Ptas. 20 ejemplar.

Recetas de Cocina (760 páginas) Ptas. 40 ejemplar.

Cocina Regional (en prensa).

CULTURA

Libro de Latín (Gramática inicial), por Antonio Tovar (94 páginas). Ptas. 6 ejemplar.

Lecciones de Historia de España. (80 páginas de texto). Ptas. 3 ejemplar.

Enciclopedia Escolar (grado elemental), por los mejores autores españoles. Cerca de 900 páginas y más de 500 dibujos Ptas. 35 ejemplar.

El Quijote, Breviario de Amor, por Víctor Espinós, de la Real Academia de San Fernando (264 páginas). Ptas. 25.

MUSICA

Historia de la Música, por el Maestro Benedito (194 páginas, con diversos grabados y encuadernación en cartón). Ptas. 18 ejemplar.

Cancionero Español (Armonización), por B. García de la Parra. Tres cuadernos distintos (núms. 1, 2, 3), en gran formato. Ptas. 15 cuaderno.

Mil canciones españolas. Edición monumental con texto y música; 600 grandes páginas, impresas a dos colores; encuadernación en tela, con estampación en oro. Ptas. 100 ejemplar.

Nueve Conferencias de Música. Ptas. 6 ejemplar.

HIGIENE Y PUERICULTURA

Cartilla de la Madre; Cartilla de Higiene. Consejos de gran utilidad para la crianza del hijo. Ptas. 1,50 ejemplar.

INDUSTRIAS RURALES

Construcción de Colmenas (24 páginas con grabados). Ptas. 5 ejemplar.

Avicultura, por Ramón Ramos Fontecha (252 páginas con varias dísimas ilustraciones) Ptas. 12 ejemplar.

Apicultura Movilista, por María Estremera de Cabezas (112 páginas, ilustraciones). Ptas. 9 ejemplar.

Industrias Sericícolas (24 páginas) Ptas. 4,50 ejemplar.

Corte y Confecciones Peleteras, por Emilio Ayala Martín (90 páginas de texto, profusamente ilustradas). Ptas. 7 ejemplar.

Curtido y Tinte de Piel, por Emilio Ayala Martín (120 páginas y sus grabados correspondientes). Ptas. 8 ejemplar.

Flores y Jardines. Cómo cuidar y enriquecer las plantas, por Gabriel Bornás (86 páginas e infinidad de grabados). Ptas. 6 ejemplar.

REVISTAS

Bazar, publicación mensual dirigida a las niñas. Formato 22 x 31. Impresa litográficamente en diversos colores. Colaboración artística y literaria por los mejores ilustradores y escritores españoles, de Picó, Serny, Tauler, Suárez del Arbol, etc. (24 páginas de texto). Ptas. 3,75 ejemplar.

Consigna. Revista pedagógica mensual, con la colaboración de las firmas más destacadas en la Cátedra y la Literatura. Tamaño 20 x 27. Más de 120 páginas de texto y encartes a varios colores. Precio: Número suelto, 3,50 ptas.; suscripción anual: 36 pesetas.

TARJETAS POSTALES

Danzas populares españolas. Album de 12 tarjetas, 15 ptas. Tarjetas sueltas, 1,25 pesetas.

Castillo de la Mota (Escuela Mayor de Mandos José Antonio) Medina del Campo. Album de 12 tarjetas, 12 pesetas.

Albergues de Juventudes. Cada tarjeta, 1 peseta.

Cualquier libro que pueda interesarle, solicítelo contra reembolso a

DELEGACION NACIONAL DE LA SECCION FEMENINA

(PRENSA Y PROPAGANDA)

ALMAGRO, 36 - MADRID

Lo recibirá a vuelta de correo y libre de gastos de envío.



SECCION POLITICA

Precisiones sobre el Próximo Oriente

POR CARLOS ALONSO DEL REAL

ESO que llamamos "Próximo Oriente" —es decir, desde Egipto al Pakistán—, resulta bastante confuso. Como ahora todo lo que pasa en cualquier parte repercute en las demás, y como, por otra parte, los españoles tenemos razones particulares (relación antigua y hoy amistosa con muchos de esos pueblos, contacto, a través de Africa del Norte, con la cultura islámica, presencia en Hispanoamérica de grandes masas de emigrados sirios, turcos, etc.) para interesarnos en lo que ahí está pasando, no parece inoportuno señalar algunos —sólo algunos, todos no cabrían en muchos libros— rasgos de los que están pasando ahí.

1) Nacionalismos.

La nación, y, por consiguiente, el nacionalismo, son cosas "occidentales". Los turcos lo descubrieron hace poco más de un siglo, se lo tomaron en serio hace cosa de cincuenta años y operaron una revolución en el sentido de convertir un Estado dinástico y confesional en un Estado nacional y popular hace treinta, en el tumulto de la primera entreguerra y bajo la dirección de un hombre genial —un hombre de la generación y la talla de Mussolini, Hitler, Stalin—, que empezó llamándose Mustafá Kemal Pachá (estilo turco antiguo), y acabó llamándose Kámal Atatürk.

En alguna relación con este proceso turco

—decimos en alguna relación, pero esta relación es muy complicada, y exponerla aquí no cabe—, otros pueblos de esa misma gran área —primero Egipto, luego los demás— fueron descubriendo la Nación y el Nacionalismo. Pero a diferencia de los ocurrido en Turquía, donde el Nacionalismo era ante todo cuestión interior (sustituir una Monarquía despótico-religiosa por un Estado nacional, secularizado), y sólo subsidiariamente exterior (suprimir los privilegios de los extranjeros, determinar su propia política), para los demás era, ante todo, cuestión exterior: liberarse de una dominación extranjera, ya directa —así, Egipto primero frente a Turquía y luego frente a Inglaterra, Siria primero frente a Turquía y luego frente a Francia, Iraq primero frente a Turquía y luego frente a Inglaterra, etc.—, ya indirecta —así, Persia frente al más o menos disimulado reparto entre rusos e ingleses—. En el caso de Persia y en la fase final de Egipto, esto se enlazaba con problemas de orden interior, cambio de dinastía en Persia, eliminación de la dinastía en Egipto.

A esto hay que añadir la aparición —por conveniencias inglesas— de Trasjordania (hoy Reino del Jordán), y la difusión de formas más o menos diluidas de "nacionalismo" a otros países de la misma zona (Arabia propiamente dicha, Nubia) o cercanas (Africa del Norte, Cáucaso y Asia Central, India, Balacán), etc.

Y si el nacionalismo ya complica bastante las cosas en Occidente —donde al fin y al cabo es una creación orgánica de la propia cultura—, ¿cómo no va a crear complicaciones donde es reflejo e importado?

2) Tres "panes".

Si el nacionalismo tiende a triturar hasta el infinito (toda nación es divisible por dos,

dice con razón don Eugenio), tres corrientes supra o plurinacionales han tendido a reagrupar —supuesta la efectiva destrucción del viejo Imperio turco y la próxima expulsión de las formas más o menos atenuadas de "colonialismo occidental"— a estos pueblos.

Primero —por orden de "entrada en escena" como tal movimiento político, sin meter nos en buscar precedentes y antecedentes—, al "panturquismo". Luego, por orden de aparición política el segundo, por orden de raíces históricas antiguas y de importancia presente el primero, el "panislamismo". Por último —en todos los órdenes—, el "panarabismo".

El "panturquismo" tendería a agrupar en una vasta (pero discontinua, basta ver un mapa) unidad política a los pueblos emparentados por "etnia" (es decir, no sólo "raza" en estricto sentido físico, sino lengua, costumbres, etc.) con los turcos. Estos pueblos se hallan en parte dentro de la U. R. S. S., y en parte diluidos en pequeñas minorías en otros países (desde Afganistán hasta Yugoslavia). La cosa es imposible, aunque en el caos ruso de 1918-20 se intentó algo en cuanto a los pueblos más o menos turcos de Asia Central, pero sin éxito.

El panislamismo —estado "nebuloso" de eso que la gente llama "teorías" desde hace mucho tiempo— adquirió tono claramente político y diferenciado del "turquismo" al disolverse la vieja Turquía califal al final de la primera guerra mundial. Más o menos, consiste en la tendencia a agrupar todos los pueblos de religión islámica —cualquiera que sea su lengua, raza, etc.— en una amplia unidad política. Es un movimiento poderoso —aunque interferido y frenado por los nacionalismos y por la presencia de elementos de otras confesiones en el interior del mundo islámico—, pero bastante confuso. Su falta de cla-

ridad, su carácter muy heterogéneo —que va desde el misticismo religioso más estricto hasta una política de expulsión de los "occidentales", aunque sea con ayuda soviética—, se presta a ser manejado desde fuera con las más diversas intenciones (desde Inglaterra hasta Rusia, pasando por el difunto "Eje" y por el mismo país en el que esto se publica).

Por último, el panarabismo tendería a unir políticamente todos los pueblos de "etnia" árabe, ya sean musulmanes o no (de hecho, hay varios millones de "árabes" de religión cristiana).

Como se ve, todo esto es bastante complicado.

3) Los de fuera.

Todo esto son movimientos que, cualquiera que sea su origen, existen dentro del Próximo Oriente y cuyos portadores son los mismos hombres y mujeres (que están ya movilizándose como en Occidente) del país, pero luego hay los de fuera. Unos de fuera relativos —más bien "de dentro con ida y vuelta"—, los judíos. Otros de fuera, absolutamente, los occidentales y los rusos.

Los judíos se presentan en dos formas: los judíos disueltos en pequeñas minorías, las

"juderías", entre los no judíos, cuya presencia es ya antigua y no constituye un problema grave, y los judíos del Estado de Israel.

La aparición del Estado de Israel —y ello independientemente de que nos sea "simpático" o "antipático"— ha sido una experiencia como de laboratorio, para demostrar la debilidad, la inconsistencia, la confusión, la impotencia en suma de los Estados islámicos y cristiano-árabigos (Siria, Líbano, Jordania, Egipto, etc.). Por mucho que sea el valor y el talento militar que los hombres y las mujeres de Israel hayan demostrado —y ciertamente ha sido mucho—, no hay duda que su arma principal, victoriosa y nada secreta, ha sido la desunión, las rivalidades mezquinas, la interferencia de intereses dinásticos, la incapacidad y corrupción de una parte de los dirigentes, etc., de los países que querrían haber impedido el establecimiento de Israel.

En cuanto a los occidentales, unos se repliegan —los franceses—, otros se mantienen difícilmente —los ingleses—, otros van penetrando "pacífica y amistosamente" —los americanos—. Los rusos, más bien se "infiltran" (por los procedimientos más diversos, no sólo a través del P. C.) y amenazan.

Y esto son sólo algunos detalles. Júzguese lo que será la complicación del conjunto.



